SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS
: : : : : : Y LÍRICAS : : : : : :

Los dos curiosos Impertinentes

: : : : : DRAMA : : : : :

EN UN PRÓLOGO Y DOS ACTOS

: : TERCERA PARTE DE UNA TRILOGÍA : :

POR

JOSÉ ECHEGARAY

MADRID

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/losdoscuriososim00eche

LOS DOS CURIOSOS IMPERTINENTES

LOS DOS CURIOSOS IMPERTINENTES

Drama en verso, en un prólogo y dos actos

TERCERA PARTE DE UNA TRILOGÍA

POR

JOSE ECHEGARAY

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL
el 8 de abril de 1882.

MADRID
TIPOGRAFÍA YAGÜES
DOCTOR FOURQUET, 4.
1924

PERSONAJES	ACTORES
MAGDALENA	SRTA. CALDERÓN.
MARIA	SRA. CONTRERAS.
DON ANDRES	SRES. SÁNCHEZ.
DON JAIME	» D. JIMÉNEZ.
GABRIEL	» CALVO (D. Rafael).
GONZALO	» CALVO (D. Ricardo).
LUIS	» CALVO (D. Fernando).
BERNARDO	» CALVO (D. José).
LEANDRA	SRA. VARELA.
CRIADO	SR. RIVELLES.

Epoca contemporánea: prólogo y primer acto en Madrid; el segundo en la quinta de D. Andrés.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con los cuales haya celebrados, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los representantes de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PRÓLOGO

La escena representa una sala sencilla y elegante, pero no lujosa, como perteneciendo a una familia de la clase media. Balcón a la izquierda del espectador; dos puertas a la derecha; puerta principal en el fondo A la izquierda, una mesa pequeña; a la derecha, un sofá. Es el anochecer; aun no han traído luces.

ESCENA PRIMERA

DON ANDRÉS, LUIS: DON ANDRÉS, sentado en una butaca, junto a la mesa; LUIS, en pie, mostrando gran impaciencia.

LUIS. Muy despacio va la novia,
y el novio va más despacio;
ni ella deja el tocador,
ni él acude a sus reclamos;
allá Magdalena llora,
según uso añejo y clásico,
y aun oculta el horizonte
de don Jaime el rostro pálido.
El padrino no parece;
usted espera hace rato,
tendido en esa butaca,
con la paciencia de un santo;
la sala está más oscura
que un melodrama romántico;
ni dan órdenes los dueños
ni se mueven los criados,
y, solemne, se aproxima

722907

la epístola de San Pablo,
sin que de la boda nadie
se ocupe, ni sus cuidados
preste a los mil accidentes
propios de lance tan arduo.

DON ANDRÉS. Ya suple tu actividad
la que a otros falta.

LUIS. Pues claro.
Le digo a usted que, a no ser
por mis ímpetus gallardos,
ni se casaba mi prima,
a pesar de sus encantos,
ni Gabriel, con todo el fuego
de su pasión y sus años,
lograba de la parroquia
llegar al recinto sacro.
Fuego y parroquia, dos nombres
que van siempre emparejados:
a ella se acude contra él
en uno y en otro caso.
¿Fuego en las casas? Las bombas.
¿Fuego en el izquierdo lado?
El matrimonio. Y a poco
vecinos y vecindario
encuentran ceniza fría
donde antes foco inflamado.

DON ANDRÉS. ¿Qué es eso?

LUIS. Pues la verdad.

DON ANDRÉS. ¿Dónde aprendiste, muchacho,
esa sarta de sandeces
con ribetes de pecado?

LUIS. *(Con petulancia.)*
En mis viajes y en mis libros,
y en el mundo y sus escándalos.

DON ANDRÉS. En Francia.

LUIS. Y en todas partes.

DON ANDRÉS. ¡Buena gente habrás tratado!

LUIS. Pues a ustedes en Madrid.

DON ANDRÉS. Ya... No lo dije por tanto.
Hablar quise de otras tierras.

LUIS. En París iba de diario,
con otros cien españoles,
al hotel de don Gonzalo.

Me parece que el padrino
de Gabriel es hombre...

DON ANDRÉS. ¡Claro!
¡Para una boda no hay otro!
(Con sarcasmo mal contenido.)

LUIS. ¡Buen padrino!

DON ANDRÉS. Ni de encargo.

LUIS. Son amigos de colegio,
y se quieren como hermanos,
y el de Aranda, como dicen,
como yo digo, Gonzalo
—porque somos uña y carne—,
es un hombre extraordinario.
En la banca, una potencia;
en las bolsas, un espanto,
en todas partes un Creso...

DON ANDRÉS. Y en ninguna parte un santo.

LUIS. Don Andrés, mal prevenido
está usted contra Gonzalo.

DON ANDRÉS. Ni mal ni bien; sólo acudo,
para juzgarle, a sus actos.

LUIS. Lo dice usted por Loreto.

DON ANDRÉS. Por ése y otros escándalos.

LUIS. Pero si ése no lo ha sido.
(Movimiento de protesta de DON ANDRÉS.)
¿Quién, don Andrés, se ha quejado?
Ella no, que entre brillantes,
pieles y blondas y rasos,
sólo sientan bien sonrisas
juguetonas en los labios.
Pues *el esposo* tampoco,
que su amigo don Gonzalo
de él hizo un hombre de pro,
casi, casi, un millonario,
y sin casi un personaje,
y por poco un diputado.
Pues las gentes, mucho menos,
que acuden a sus saraos,
y devoran en su mesa,
y desfilan por su palco.
¿Quién, entonces, el quejoso?

DON ANDRÉS. La vergüenza y el recato:
eso que enciende mejillas

y que hace bajar los párpados.
Pero a fe que no comprendo
por qué de estas cosas hablo
contigo. Será, sin duda,
porque a oscuras casi estamos
y la cara no te veo,
y discurro, voto al diablo,
que con un hombre formal
de tales asuntos trato.
Toca el timbre, pide luces,
que es bueno que nos veamos,
porque ataje tu presencia
el enojo de mis labios.

LUIS. Luces, Fulgencio. *(Desde la puerta del fondo.)*
(La edad: *(Aparte.)*
su cerebro no está sano.)
(Un criado trae luces.)

ESCENA II

LUIS, ANDRÉS, MAGDALENA, por la derecha, primer término.

LUIS. Adiós, Magdalena.
MAGDALENA. Adiós.
(Se deja caer en el sofá.)
LUIS. ¿María con su tocado?...
MAGDALENA. Es natural. *(Como distraída.)*
LUIS. Ya no falta...,
qué..., ¡no falta ni hora y cuarto!
(Mirando el reloj.)
¡Y ese Gabriel!... Pues yo voy
de una carrera a buscarlo.
Y a visitar la parroquia.
Y a ver si viene Gonzalo.
Hasta luego... Diez minutos...
Mi coche me espera abajo. *(Sale* LUIS.)
DON ANDRÉS. Y en el pescante, ¡qué lástima
que no te esperara el diablo!

ESCENA III

DON ANDRÉS, MAGDALENA; él, sentado en la butaca de la izquierda; ella, en el sofá.

MAGDALENA. ¿Será feliz?
DON ANDRÉS. ¿Quién?
MAGDALENA. María.
Usted, padre, ¿qué presiente?
DON ANDRÉS. Esas cosas solamente
las sabe Dios, hija mía.
MAGDALENA. ¿Qué piensa usted de Gabriel?
¿Es noble su corazón?
¿La querrá?
DON ANDRÉS. Sí; con pasión;
ella lo dice.
MAGDALENA. ¿Pero él?
DON ANDRÉS. Lo demuestra, pues se casa.
MAGDALENA. Ahora tal vez..., pero luego...
DON ANDRÉS. Aprovechemos el fuego
y no pensemos qué pasa.
De la hoguera en derredor,
mientras por fuera graniza,
nadie piensa en la ceniza,
todos gozan del calor.
MAGDALENA. En la frente de Gabriel
una sombra siempre vi.
DON ANDRÉS. *(Ap.)* (¡Quién sabe si verá en ti
la sombra que ves en él!)
MAGDALENA. ¡Dice cosas tan extrañas!
¡Es tan duro y tan severo!
¡Su mirada es un acero
que se clava en las entrañas!
DON ANDRÉS. ¡Eso es hablar sin razón
y sin seso, en puridad!
¡No te corrige la edad!
¡Siempre la exageración!
Gabriel es... un hombre serio,
y además un hombre honrado.
MAGDALENA. Pues a mí...
DON ANDRÉS. ¿Qué?
MAGDALENA. Me han contado

que en su vida hay un misterio.

DON ANDRÉS. ¿Conque un misterio también?

MAGDALENA. *(En voz baja.)*
¡Mató a su madre de pena!

DON ANDRÉS. ¡Magdalena! ¡Magdalena!

MAGDALENA. Eso dicen.

DON ANDRÉS. ¿Pero quién?

MAGDALENA. Los que conocen su historia.
Y de don Jaime... las gentes...
también murmuran.

DON ANDRÉS. *(Con disgusto y desprecio.)*
No cuentes
la del padre; es bien notoria.
En su pasado un borrón;
una mancha en su apellido;
para su casa ha escogido
el de Aguirre mal blasón.

MAGDALENA. Pues usted mismo lo dice,
y esto prueba el fundamento
de las angustias que siento.

DON ANDRÉS. Es ya tarde.

MAGDALENA. Yo bien hice
cuanto pude, en el albor
de esos tristes amoríos,
por matarlos con desvíos
y rigores; pero amor,
hasta tanto que no acaba,
y a veces es infinito,
es como dardo maldito
cuando en la carne se clava.
Si en el alma viene a dar,
no hay quien del alma lo mueva,
o consigo se la lleva
si lo quieren arrancar.

DON ANDRÉS. ¡Cosas tan raras se ven!
Aun han de vivir los dos
en paz y en gracia de Dios,
él cien años y ella cien.

MAGDALENA. Podrá ser; pero yo siento
dudas..., injustas acaso,
y me encuentro a cada paso
con algún presentimiento.

Anoche mismo..., ya tarde...,
(Con terror supersticioso.)
sin poder cerrar los ojos...,
entre tristezas y enojos,
y entre resuelta y cobarde...,
descalza sobre la alfombra,
llegué al cuarto de María
para ver si conseguía,
en el silencio y la sombra,
besar por última vez
con ternura maternal
en su lecho virginal
aquella divina tez.
Hallé luz en tintas puras,
de un ángel era el remedo;
es muy niña, tiene miedo,
no quiere dormir a oscuras.
La besé; no me ha sentido,
pero entre sueños me llama;
y en los hierros de la cama
al salir dejé tendido
—porque los rayos filtrados
de la blanca lamparilla
no hieran en su mejilla
ni en sus párpados cerrados—
un ancho y negro crespón
hecho dos o tres dobleces...
Ya sé que son pequeñeces;
pero, padre, no lo son.
Porque al marcharme, ¡cruel,
me asalta un recuerdo impío!
¡Aquel crespón era el mío!
(Acercándose a Don Andrés.)
¡En él iba envuelta! ¡En él!
¡El rozó contra mi frente!
¡cuando en la noche fatal
hirió a Pablo mi puñal
creyendo herir a Torrente!
Y al ver el siniestro tul
como funeraria niebla,
envolviendo en su tiniebla
sueños de rosa y azul,

su sombra me parecía,
sobre aquella faz serena,
el crimen de Magdalena
en la frente de María.
Arranqué el crespón maldito
de aquel lecho todo calma,
como se arrancan del alma
los jirones de un delito,
y a mi cuarto me marché,
y en mi lecho me tendí,
y la luz del alba vi,
aunque yo no la miré,
sintiendo mis ansias todas
crecer con nueva agonía,
y murmurando: "¡Hija mía,
mala víspera de bodas!"
(Se arroja en el sofá, se oculta el rostro entre las manos y llora amargamente.)

ESCENA IV

MAGDALENA, MARÍA, DON ANDRÉS; MARÍA viene por la derecha, segundo término.

Pues... ¡llorando sin consuelo
y queriéndola yo tanto!
(Sentándose en el sofá junto a su madre y abrazándola y besándola.)
¿No sabes tú que tu llanto
anubla todo mi cielo?
¿Por qué esas lágrimas? Di.
Y si no, diga usted, padre:
¿por qué es tristeza en mi madre
lo que es dicha para mí?
Vamos, que no es regular,
que esto nunca sucedió.

MAGDALENA. ¡Perdón!

MARÍA. ¿Perdonarte yo?
¡Ahora sí que he de llorar!

MAGDALENA. ¡Eso no!

DON ANDRÉS. ¡Sin atadero!
(Separándose enojado de las dos.)
MAGDALENA. ¡Ya no lloro!
MARÍA. ¡Si están rojos
y amoratados tus ojos!
DON ANDRÉS. ¡María!
MARÍA. ¡Cuánto te quiero! *(Llorando las dos.)*
DON ANDRÉS. ¡Bravo! ¡Soberbio entremés!
¡Ahora llorando las dos!
Un poco más, ¡vive Dios!,
y lloraremos los tres.
MARÍA. *(Consolando a su madre.)*
Si vamos a vivir juntas;
si no nos separaremos.
Mira, madre, nos querremos
¡tanto!, ¡tanto!... ¿Qué preguntas?
(Inclinándose para oír a MAGDALENA.)
¿Qué dices? No te oigo bien.
MAGDALENA. ¿Serás feliz?
MARÍA. Si hay razón,
y con una condición:
que lo has de ser tú también.
MAGDALENA. ¿Le amas mucho?
(MARÍA *con la cabeza dice que sí.)*
MARÍA. ¡Pero él más!
MAGDALENA. Es tan...
MARÍA. Dilo: tan severo.
MAGDALENA ¡Tiene un carácter tan fiero!
MARÍA. Mucho, sí..., con los demás.
Conmigo ya es de otro modo.
(Todo esto que sigue, con malicia.)
¡Yo me enfado!... Pues me implora.
¿Yo quiero que llore?... Llora.
Y, en fin, me obedece en todo.
Y es mejor de esta manera
ver tan humilde al que es bravo,
que al que nació para esclavo
y es esclavo de cualquiera.
DON ANDRÉS. ¡Digo, si sabe la niña,
a pesar de su inocencia!
¡Espanta pensar la ciencia
que cabe en una basquiña!

MAGDALENA. Dicen que a su pobre madre
hizo verter mucho llanto.
MARÍA. ¡Mucho!... ¡Bah!... No será tanto.
Deja a la envidia que ladre,
que a mí no me quita el sueño
de sus fauces el ladrido.
¡Si tendré bien conocido
al que elegí para dueño!
Y además, esos regalos
suelen los hijos hacer
a los que les dan el ser.
¡Si somos todos muy malos!
Aun siendo cierto el cantar
de esa gente, nada infiero:
mira yo cuánto te quiero
¡y cuánto te hago llorar!
MAGDALENA. No digas eso, hija mía.
MARÍA. Digo que, si alguien nos viera,
también a Gabriel dijera
que es muy mala su María;
sí, señora, y muy cruel,
que te trato sin piedad.
MAGDALENA. ¡Pues no dijera verdad!
MARÍA. Pues tampoco de Gabriel.
DON ANDRÉS. Basta ya. *(A* MAGDALENA, *en voz baja.)*
MAGDALENA. *(Ap.)* (Muy lejos fuí,
es cierto.)
(En voz alta, a MARÍA.)
Pues le prefieres
a todo..., pues tú le quieres...,
ya es sagrado para mí.
MARÍA. ¡Gracias!... ¡Gracias!...
DON ANDRÉS. ¡Qué mimosa!
MARÍA. ¿No más de Gabriel?
MAGDALENA. No más.
MARÍA. Pero dime..., ¿le querrás?
MAGDALENA. Mucho si te hace dichosa.
Lo que yo te iba diciendo...,
mi pena por esta unión...,
mis dudas..., mira..., no son
por Gabriel. Yo no te ofendo...

Sé que es bueno, que es honrado...
Pero ¿piensan de igual modo
los suyos? Y sobre todo,
su padre. ¿No has observado
sus miradas..., sus maneras?
¿Es sombrío o es astuto?

MARÍA. Eso ya no lo discuto;
de don Jaime, cuanto quieras.

MAGDALENA. Lo pasado no le abona.

MARÍA. Siempre me lo figuré.
¿Conque tú sabes?... *(Con curiosidad.)*

MAGDALENA. Yo sé
que el padre es mala persona.

MARÍA. Pues bien, deja que lo sea;
nada con serlo nos pasa;
nosotros, en nuestra casa,
y don Jaime, allá en su aldea.

MAGDALENA. Dicen que su alma cegó
de oro ajeno al torpe brillo;
que de su honor al castillo
mala brecha se le abrió.
Y el que de su sangre impura
(Sin poder dominarse.)
recogió sangre en las venas
será bueno a duras penas,
que allí va la levadura.

MARÍA. ¿Que ha de faltar mi Gabriel
porque don Jaime faltara?

MAGDALENA. ¡Eso, no!

MARÍA. ¡Quién lo pensara!
¡Si él no es otro; si él es él! *(Con energía.)*
¿O son ya principios fijos?
Dilo, aunque mi alma taladres,
que las manchas de los padres
han de heredarlas los hijos.

MAGDALENA. *(Con angustia y apresuramiento.)*
¡Tampoco!... ¡La culpa, en pos
va sólo del criminal!

MARÍA. ¿Luego mi Gabriel?...

MAGDALENA. Es tal *(Ya vencido.)*
como quiso hacerlo Dios.

DON ANDRÉS. Y llegarán hijo y padre,

dispuestos a atar el nudo;
y verá el novio ceñudo,
en los brazos de la madre,
con trazas de amargo llanto,
a la esposa prometida;
y pensará de corrida
que para afligirse tanto
y tomarlo tan a pecho,
y convertir en un luto
este natural tributo,
fuera acaso más derecho
dejar quietos a San Pablo
y a la calle de la Pasa;
cada cual irse a su casa
y mandar la boda al diablo.

MAGDALENA. Es verdad.

DON ANDRÉS. *(Asomándose al fondo.)*
Pues lo que dije...

MARÍA. ¿Es Gabriel? *(Levantándose.)*

DON ANDRÉS. Pienso que sí.

MAGDALENA. Vete... Serénate... *(Levantándose también.)*

MARÍA. Di:
¿nada te aflige?

MAGDALENA. Me aflige
el haberte hecho llorar.

MARÍA. ¿Nada más?... Pues ya no lloro.
Adiós. *(Las dos se van hacia la derecha.)*

MAGDALENA ¡Adiós, mi tesoro!
(Ya junto a la puerta, se abrazan y se besan.)

MARÍA. ¡Un beso!

DON ANDRÉS. ¡Vuelta a empezar!

MARÍA. ¿Estarás con él... cumplida...
y amable?

MAGDALENA Yo te lo fío.

MARÍA. Pues adiós.

MAGDALENA. ¡Adiós, bien mío!

MARÍA. *(Al salir, vuelve a asomar la cabeza, y dice lo que sigue:)*
¡Te quiero más que a mi vida!
(Mandándole un beso.)

ESCENA V

MAGDALENA, DON ANDRÉS, DON JAIME, GABRIEL.

MAGDALENA. Gabriel...
GABRIEL. Señora... *(Se dan las manos.)*
DON ANDRÉS. *(Después de dar la mano a* DON JAIME, *que, a su vez, se inclina ante* MAGDALENA.)
Más tiernas
(A MAGDALENA *y* GABRIEL.)
debieran ser las palabras
del saludo entre vosotros,
al chocar palma con palma.
¿No es usted de mi opinión,
señor don Jaime?
DON JAIME. Son vanas,
señor don Andrés, las fórmulas
y etiquetas si las almas
no inspiran por sus afectos
frases que el uso consagra;
y, en cambio, si ellas las dicen,
ya se oyen sin pronunciarlas.
MAGDALENA. Si Gabriel la hace feliz,
más que su madre, ¡su esclava
seré!, que el darle a María,
bien sabe Dios, ¡y El me valga!,
que es darle toda la luz
del cielo de mi esperanza.
GABRIEL. Si con un amor inmenso,
en esta existencia humana,
se logra que una mujer
feliz viva y viva honrada,
lo será tanto María
como en el cielo las almas,
si es posible que lo azul
baje a este valle de lágrimas.
DON ANDRÉS. Pues el hielo derritióse,
y poco tiempo nos falta
para emprender hacia el templo
nuestra alegre caminata;
dejando aparte lirismos

y epitalamios y cántigas,
hablemos de asuntos serios,
como perosnas sensatas.

GABRIEL. ¿No vino Gonzalo?

DON ANDRÉS. No;
pero Luisito, en las alas
de dos poderosas yeguas,
y la hipérbole me valga,
fué por él, y muy en breve,
el tirano de la banca
descenderá de su altura
a estas regiones prosaicas.

MAGDALENA. ¿Usted insiste, Gabriel,
en que Gonzalo de Aranda,
como padrino, se acerque
con usted al pie del ara?

GABRIEL. El lo desea, señora.

MAGDALENA. Pensé que usted lo deseaba.
(Con cierta ironía, muy oculta.)

GABRIEL. Yo también. Gonzalo ha sido
mi compañero de infancia;
más que compañero, hermano.
Hubo, señora, en mi casa
momentos de horrible angustia.
Calumnias ruines y bajas,
como legiones de buitres,
sobre la copa nevada
de algún pino solitario,
en lo alto de la montaña,
cayeron en pelotones
sobre una cabeza cana,
queriendo manchar de negro
su blancura inmaculada.
Mi brazo espantó bien pronto
la torpe y cobarde banda,
sin más auxilio, señora,
que el de una conciencia honrada;
pero en aquella ocasión,
ese Gonzalo de Aranda
vino a buscarme, y me dijo,
pero como dice el que habla
con esto: *(Poniendo la mano en el corazón.)*
"Dispón de mí;

"tengo dinero en mis arcas;
"un corazón en el pecho;
"en mi armero, dos espadas;
"y el de siempre soy, Gabriel.
"Conque ya lo sabes..., manda."
Y sin más, fuése de prisa
para ocultar una lágrima,
que atestiguaba en sus ojos
la verdad de sus palabras.

DON JAIME. Y además, porque era tarde,
y en la Bolsa le esperaban;
y jugó con tanto tino,
en tan certera jugada,
que se ganó diez millones
de la noche a la mañana.

GABRIEL. Es verdad; y él me lo dijo
con la franqueza y la gracia
tan propias de su carácter.
"Tuve contigo, exclamaba,
"un arranque generoso;
"obré bien, por justa causa;
"y satisfecho de mí,
"cosa, en verdad, harto rara,
"me adjudiqué como premio
"diez millones de ganancia."
(En tono festivo.)

DON JAIME. Hombre feliz, que aprovecha
(Con ironía.)
de sus acciones honradas
la parte más sustanciosa
para jugar a la baja.

MAGDALENA. Según parece, don Jaime, *(Sonriendo.)*
usted también opinaba
que otra elección de padrino...
¿No es cierto?

DON ANDRÉS. Discusión vana.

GABRIEL. Gonzalo vale, señora,
más, mucho más que su fama.

MAGDALENA. ¡Pero ella vale tan poco!

GABRIEL. ¡Pero él tanto la aventaja!...

MAGDALENA. ¿Y usted qué dice? *(A* DON JAIME.)

DON JAIME. ¡Que a quién
la murmuración no mancha!

Muerde en aquél, muerde en éste;
ni se enmienda ni se cansa;
y de las honras el roce
más punta a sus dientes saca.
Contarán cosas de mí...
y de usted... Todo eso es nada.
Lo que importa es que, al mirar
cada cual por dentro su alma,
no sienta miedo ni horror,
vergüenza ni repugnancia.
(Dice esto con dureza. Pausa. Cierta contrariedad en todos. MAGDALENA *se siente herida; inclina la cabeza y queda como abrumada.)*

DON ANDRÉS. De asuntos serios propuse
que hablásemos, y es extraña
contradicción, en verdad,
ocuparnos del de Aranda
con tal insistencia, siendo,
según él mismo declara,
su famosa seriedad
seriedad tan problemática.
Algo pensabas decir *(A* MAGDALENA.)
a estos señores; ya falta
muy poco tiempo, y debieras...

MAGDALENA. Es verdad, padre.

DON ANDRÉS. Pues habla.

GABRIEL. A sus órdenes estamos.

MAGDALENA. Me inspira gran repugnancia...
En materia de intereses...

DON ANDRÉS. Es tu deber.

MAGDALENA. Nuestra casa,
si no opulenta, era rica;
pero un pleito... No; una infamia...,
a tiempo que murió Pablo...

DON ANDRÉS. Vamos, Magdalena...

GABRIEL. Basta;
que el asunto no merece
la pena que a usted le causan
los recuerdos dolorosos...

MAGDALENA. ¿De qué? *(Alarmada.)*

GABRIEL. De aquella desgracia.

MAGDALENA. Pues usted puede a don Jaime
(A DON ANDRÉS.)

explicarle de la Habana
nuestro pleito, y los papeles
entregar...

GABRIEL. *(A* DON JAIME.) Ruin y prosaica
ocupación en tal día
es esta que te amenaza.

MAGDALENA. Usted, en quedando libre,
¿que más quiere? Dele gracias
a Dios, que padre le ha dado
tan cariñoso y con tanta
experiencia en los asuntos
de intereses y de banca. *(Con intención.)*
Vamos allí. Y al momento *(A* DON ANDRÉS.)
volveremos a esta sala.

GABRIEL. Un instante. De intereses
habló usted, y esto reclama
por nuestra parte, señora,
declaraciones análogas.
Usted no tiene fortuna,
según nos dijo. ¡Bien haya
casualidad que a María
y a mí de este modo iguala!
Pero hay una diferencia,
que, valga por lo que valga,
haré constar. Y es que ustedes
perdieron la de la Habana;
nosotros nada perdimos,
que jamás tuvimos nada.
Con su trabajo vivió. *(Señalando a su padre.)*
Hoy, con su retiro... pasa.
Y la vida de mi padre
es espejo en que la cara
su hijo se mira de diario,
porque es un cristal sin mancha,
y quiere ver si la suya
conserva la semejanza.
Sólo esto quise decir,
y no más; con esto basta.
Perdone usted: la detuve
hablando más que pensaba.
(Saludando respetuosamente, pero con cierta hostilidad oculta.)

MAGDALENA. Por lo visto, entre nosotros

todo es igual.
(Saluda también y sale con DON ANDRÉS *por la derecha, primer término.)*

DON JAIME. *(Ap.)* (No la infamia.)

ESCENA VI

GABRIEL, DON JAIME.

GABRIEL. Por si hubo intención.
DON JAIME. ¿Qué importa?
GABRIEL. Siempre hiere esa mujer.
DON JAIME. Tu ángel malo podrá ser
a la larga o a la corta.
GABRIEL. ¿Qué lazo me une con ella?
DON JAIME. El que la une con María.
Llegará, Gabriel, un día
en que esa niña tan bella
aparezca ante tus ojos
en la niebla de la duda:
querrán la verdad desnuda
tus insensatos antojos,
y aunque el alma te taladre
pasar de marido a juez,
ya dirás alguna vez:
"¡Al fin, hija de su madre!"
GABRIEL. ¿Su madre?... Cuerpo le dió,
pero ella vino de allá. *(Señalando al cielo.)*
Por él su madre será;
pero por el alma, no.
DON JAIME. Hoy todo sabe a ambrosía,
pero ya vendrá la hiel.
Si es mala..., ¡pobre Gabriel!
Si es buena..., ¡pobre María!
GABRIEL. ¿Por qué me hostigas así,
sin razón?
DON JAIME. ¡Por Belcebú!
Porque sé lo que eres tú.
GABRIEL. Es cierto... ¡Dudé de ti! *(Bajando la cabeza.)*
DON JAIME. Si empobrecida la vena
de tu fe, ni a mí me alcanza,

¿cómo has de tener confianza
en la hija de Magdalena?

GABRIEL. Amargas sin compasión
la sola dicha que ansío:
no me quejo, padre mío;
tienes derecho y razón.
Dudé, pues dudas.

DON JAIME. No más.

GABRIEL. Lo recuerdo y me estremezco:
sí, por aquello merezco
esto, y todo, y mucho más.
(Cae abatido en un sillón.)

DON JAIME. No me comprendes, Gabriel:
es cariño, no es rigor;
pecaré por previsor,
pero nunca por cruel.
De mi honor hecho pedazos,
de aquella noche afrentosa,
sólo recuerdo una cosa...:
¡que lloraste entre mis brazos!
Un hijo sabe ofender;
sabe un hijo torturar;
un padre con perdonar
sabe cuanto ha de saber.

GABRIEL. ¡Sí, padre!... *(Se levanta y le abraza.)*

DON JAIME. Mi sangre toda
diera por verte dichoso.

GABRIEL. ¡Si voy a serlo!

DON JAIME. Es dudoso.

GABRIEL. ¿Pues qué temes en mi boda?

DON JAIME. Tu carácter, hijo mío.
Buscas siempre la evidencia,
y ésa se encuentra en la ciencia,
y aun mermada. Pero frío,
terco, implacable en tu calma,
aplicas el escalpelo
a los misterios del cielo
y a los misterios del alma.
Y de tu padre el honor,
de tu mujer la virtud,
en esa eterna inquietud
vienen a ser en rigor,
no cosas en que creer

ni afectos con que sentir,
sino puntos que inquirir,
problemas que resolver.
Una piedra se analiza,
y se disuelve un metal;
pero en el orden moral
la virtud es quebradiza.
Y sonrojas cuando arguyes
con las cosas que pretendes:
¿muestras dudas? Pues ofendes.
¿Analizas? Pues destruyes.

GABRIEL. ¿Y temes?

DON JAIME. Por vuestro amor,
por ella, por tu ventura.

GABRIEL. ¡Es pura!

DON JAIME. Cuanto más pura
es el peligro mayor.

GABRIEL. Si de ella no dudaré:
creo en ella como en ti;
la vi y al punto sentí
que era mi amor y mi fe.
Mi razón está tranquila,
y mi cariño, contento,
que leo en su pensamiento
al través de su pupila.
Y al alma le presta calma
ver cuando un alma es sincera,
qué pronto y de qué manera
puede conocerse un alma.
Atiende. "A tu pueblo fuimos
hace cuatro años o más.
Que está cerca ya sabrás,
porque entonces lo supimos,
la quinta de don Andrés,
donde don Pablo murió."
Y esto que te cuento yo
pasó seis meses después.
Llevamos al camposanto
al buen Simón aquel día;
quedóse en su fosa fría;
y entre tristezas y llanto,
a poco tiempo de allí
fuése marchando la gente;

me quedé yo solamente,
porque escucha lo que vi. *(Pausa.)*

—

Una losa a ras del suelo;
en un extremo, una cruz;
en torno y con poco vuelo,
una verja, y en el cielo,
mucha calma y poca luz.

—

Dos mujeres enlutadas,
de rodillas y llorando,
en la verja reclinadas,
y algunas aves pasando
por el aire apresuradas.

—

Las dos lloran a la par
la misma fortuna adversa;
pero es fácil observar
que es en ambas muy diversa
la manera de llorar.

—

A tierra la madre inclina
la faz envuelta en un tul;
alza la frente divina
la más joven, de lo azul
hacia la inmensa cortina.

—

Sobre el grupo triste y bello
tiende su sombra un ciprés;
más de la niña al cabello
llega del sol un destello
por las ramas a través.

—

Y de la sombra en la alfombra,
junto a la verja y la cruz,
forman contraste que asombra
dos cuerpos todos en sombra
y una frente toda en luz.

—

Las enlutadas llorando;
la noche bajando al suelo,
y yo conmigo pensando:
"¡La que al cielo está mirando
es hermosa como un cielo!"

—

Acabaron su oración,
y aun puestas las dos de hinojos,
se besaron con pasión:
la una, con sus labios rojos;
la otra, al través del crespón.

—

Se levantaron; salieron;
a lo lejos las seguí;
mas las dos se detuvieron,
que en el camposanto vieron
algo que al pronto no vi.

—

Era una pobre chicuela
junto a una fosa tendida:
vino al salir de la escuela,
y allí se quedó dormida
la imprudente rapazuela.

—

La del tul miró y pasó;
la niña de frente pura
se detuvo, se bajó
y a la pobre criatura
en brazos se la llevó.

—

Y vi al fulgor de un lucero
aquella y esta enlutada
caminar por un sendero:
una, con marcha pesada,
y otra, con paso ligero.

—

Y no sé por qué razón,
al notar la diferencia
murmuraba el corazón:

"¡Cuánto pesa una conciencia,
qué poco una buena acción!"

—

Llegan al pueblo vecino;
en tierra deja su peso
la del rostro peregrino,
una moneda y un beso,
y prosigue su camino.

—

A la niña, que corría,
consigo alcanzar sin pena.
"¿Cómo se llama, hija mía?..."
"¿Quién? ¿La mala? Magdalena..."
"La que te trajo..." "María."

—

Y así pude conocer,
por una losa, una cruz,
una niña y el poder
de un solo rayo de luz,
el alma de esa mujer. *(Pequeña pausa.)*

—

DON JAIME. ¿Y ya la conoces? *(Con tono de duda.)*
GABRIEL. Sí.
DON JAIME. ¿Y no dudas de ella?
GABRIEL. No.
DON JAIME. ¿Quién me lo asegura?
GABRIEL. Yo.
DON JAIME. ¿Y dónde la prueba?
GABRIEL. Allí.
(Señalando hacia la derecha.)

ESCENA VII

GABRIEL, DON JAIME; MARÍA, por la derecha, primer término.

MARÍA. Don Jaime... Gabriel...
(Saludando alegremente.)
GABRIEL. María...
¿Me das la razón? *(A su padre, aparte.)*

DON JAIME. Te excuso.
(A GABRIEL, *aparte.)*
Hemos tardado... *(En voz alta, a* MARÍA.)
MARÍA. Es el uso.
DON JAIME. No debe serlo este día.
¿Vas contenta?
(Cogiéndola por las manos y mirándola con fijeza.)
MARÍA. ¿Dónde?
(Como si no comprendiese.)
DON JAIME. Allí:
al altar, con tu Gabriel.
MARÍA. ¿Si voy contenta?... Pues él
(Procurando ocultar el rostro.)
puede contestar por mí.
DON JAIME. ¿Te dió mi pregunta enojos?
MARÍA. Eso, no.
DON JAIME. ¿Tampoco agravios?
GABRIEL. ¿A qué han de decir los labios
lo que ya dicen los ojos?
DON JAIME. Si mi experiencia no miente,
todo un cielo de alegría
se ve al través, hija mía,
de su cristal transparente.
MARÍA. Pues si tan claro el cristal
pregona su parecer,
del alma tendrá poder
y no ha de dejarle mal.

ESCENA VIII

MARÍA, GABRIEL, JAIME, LUIS; éste, por el fondo.

LUIS. Lindamente, vive Dios,
y en calma ustedes están,
mientras yo por esas calles
corro en posta sin cesar.
Ya está el párroco esperando,
y dispuesto el sacristán,
y una turba de chiquillos
esperando en el portal,
porque dicen que se dice

que los novios llegan ya.
Corro a casa de Gonzalo,
y me encuentro, ¡otro que tal!,
al bolsista impenitente
empeñado en calcular
intereses, diferencias,
lo de menos, lo de más...
A todo esto muy tranquilo,
sin saber la hora que da,
en su artístico despacho,
con perfume de *boudoir*,
entre un Cristo bizantino
y una Leda, que no hay más
para fingir en el mármol
de la carne de verdad.
Le hago dejar sus papeles,
tomo mi coche y acá,
y me encuentro a los dos novios
en coloquio celestial,
arreglando el porvenir
de los nietos con papá.
¡La mantilla y al momento! *(A* María.)
¡Ah de la gente formal!
(Asomándose a la segunda puerta de la derecha.)

Gabriel. Es cierto que se hace tarde.

Don Jaime. Tiene razón; vamos ya.

Luis. *(Desde la puerta.)*
¡Magdalena!... ¡Don Andrés!...
El padrino queda atrás...
¡Más aprisa!

ESCENA IX

María, Gabriel, Don Jaime, Luis, Magdalena, Don Andrés.

Don Andrés. Calma, calma.

Luis. ¡Bravo consejo en verdad!
(Entre tanto, María *se pone la mantilla al espejo, y su madre le ayuda. A la izquierda,* Gabriel *y* Don Jaime.*)*
Si con calma se tomase

esto de matrimoniar,
¿piensa el señor don Andrés
(En el centro, DON ANDRÉS *y* LUIS.)
que se llegara jamás?
Estas cosas, de repente:
como el que se arroja al mar.
De sus árabes el trote...
tenemos padrino ya.
¿Estáis dispuestas?

MARÍA. ¡Dispuestas!

LUIS. Pues abajo.

DON ANDRÉS. ¡Eres voraz
en todo! ¿No ves, Luisito,
que esperarle es regular?

LUIS. Pues ya llega.

DON JAIME. Pues que llegue,
y él nos traiga dicha y paz.

ESCENA X

MARÍA, MAGDALENA, GABRIEL, DON JAIME, DON ANDRÉS, GONZALO.

El orden general de los personajes, prescindiendo del término en que deben colocarse, es, de izquierda (del espectador) a derecha, el siguiente: LUIS, DON JAIME, GABRIEL, GONZALO, MARÍA, MAGDALENA, DON ANDRÉS.

GONZALO. Señora... *(Saludando a* MAGDALENA.)
Gabriel... María...
(Lo mismo a los dos.)
Si alguna disculpa hubiera
que mi tardanza pudiera
excusar, la encontraría
en mi empeño por cumplir
con los novios un deber.
Quise un recuerdo traer;
no acababan de venir
con el estuche.. En verdad
que es prosaica la razón,
pero siempre la ilusión
tropieza en la realidad.

LUIS. *(A* DON JAIME, *aparte.)*

¡Y le creerán! ¡Pobre gente!
Pero si ayer ya tenía
el estuche.

DON JAIME. ¡Ave María!
y con qué frescura miente.
(Siguen hablando DON JAIME *y* LUIS *en voz baja.)*

GABRIEL. Me juraste...

GONZALO. No.

GABRIEL. Que sí,
y ésa fué la condición.

GONZALO. Oye, chico, en conclusión *(Riendo.)*
me lo devuelves a mí.

LUIS. ¡Qué miniatura!

DON JAIME. ¿De quién?

LUIS. Ya verá usted. ¡Tiene un marco!
Setenta mil, y ando parco,
que cualquiera le echa cien.
Yo estaba cuando él llegó,
¡y llegó en sublime arrobo,
mirándola como un bobo!
Hasta que al fin la dejó,
con mano mimosa y suave,
en su estuche de oro y seda,
entre los brazos de Leda
y la cabeza del ave.
Y agregó: "Guarda el secreto
por si la muerte me atrapa:
esta Leda era muy guapa,
y este cisne, un mal sujeto."
(En este momento aparece en el fondo el lacayo de GONZALO *con un pequeño estuche en una bandeja.)*

GONZALO. Ahí tienes mi gran pecado.
(A GABRIEL, *señalando el estuche.)*
Ven, Julián...
(Se aproxima el lacayo, y GONZALO *coge el estuche; movimiento de curiosidad en todos.)*
Vamos a ver.
No; primero tu mujer *(Separando a* GABRIEL.*)*,
porque tú no lo has ganado.
¡Después de hacernos el bu!...
Usted también, Magdalena.

A tal delito, tal pena:
(Siempre dirigiéndose a GABRIEL.)
¡Todos!... ¡Todos!... ¡Menos tú!...
(Acaba de abrir el estuche, saca el retrato y se lo presenta a MARÍA.)

MARÍA. ¡Qué preciosa miniatura!...
¡Mi retrato, madre mía,
cuando era niña!
(Presentándoselo a su madre con afán; las dos, formando grupo, lo contemplan.)

MAGDALENA. ¡María!
¡Mi María!

GONZALO. ¿Fué locura? *(A* GABRIEL.)

LUIS. *(Ha pasado, y procura ver el retrato.)*
A ver..., a ver...

DON ANDRÉS. *(Aparte.)* (¡Siempre estulto!)

MAGDALENA. ¡Así fuiste!... ¡Dulce sueño!

MARÍA. Mira, Gabriel...
(Queriendo pasar con la miniatura.)

GONZALO. ¿Y mi empeño? *(Deteniéndola.)*

MARÍA. ¡Vamos..., por mí!...

GONZALO. ¡Pues le indulto!
(Dejándola pasar. Pasa MARÍA *con el retrato, y ella,* GABRIEL *y* DON JAIME, *formando un grupo, lo miran.)*

MAGDALENA. Gracias, Aranda; esa faz
en que un ángel se refleja,
me parece que semeja
iris celeste de paz.
(Los personajes han quedado en el orden siguiente: DON JAIME, GABRIEL, MARÍA, GONZALO, MAGDALENA, LUIS, DON ANDRÉS.)

GABRIEL. ¡María!... ¡Mi amor..., mi bien!...

DON ANDRÉS. ¡Buen augurio!

MAGDALENA. ¡Buen augurio!

GONZALO. ¿Qué dices de mi perjurio? *(A* GABRIEL.)

GABRIEL. Que yo te indulto también.

MAGDALENA. ¿Ese retrato?...

GONZALO. Es herencia.

MAGDALENA. ¿Murió su autor?

GONZALO. En París.

MAGDALENA. ¿Era su amigo?

GONZALO. Y de Luis.

MAGDALENA. ¿Cuál la causa?
GONZALO. La demencia.
LUIS. ¡Un genio!
GONZALO. ¡Genio potente!
LUIS. El os precede y os guía
en este solemne día.
MAGDALENA. ¿Y se llamaba?...
LUIS. Torrente.
MAGDALENA. ¡Jesús mil veces!
(Vacila y cae en el sofá; todos, menos GABRIEL *y* DON JAIME, *que quedan en primer término y hacia la izquierda, la rodean.)*
MARÍA. ¡Dios mío!...
¡Madre!... ¡Madre!...
DON ANDRÉS. La emoción...
GONZALO. Es natural.
LUIS. *(Corre al balcón y lo abre.)* El balcón.
DON JAIME. (¿Qué dices?) *(Aparte, a* GABRIEL.)
GABRIEL. *(Aparte, a su padre.)* Que no varío;
que es ya cosa decidida;
que el desmayo va a pasar,
(En efecto, MAGDALENA *vuelve en sí y procura levantarse, y, con sonrisas fingidas, tranquilizar a todos.)*
y que iremos al altar,
aunque haya de ser mi vida
un infamante calvario,
un eterno purgatorio,
y el paño del desposorio
se nos trueque en un sudario.

FIN DEL PROLOGO

ACTO PRIMERO

Sala elegante, pero no lujosa, en casa de GABRIEL. A la izquierda, un balcón; a la derecha, una chimenea encendida: los dos en primer término. En segundo, dos puertas: una a cada lado; en el fondo, otra puerta. A la derecha, un sofá, y entre él y la chimenea, un velador con libros, álbums y un quinqué encendido. Es de noche. Han pasado dos años desde el prólogo.

ESCENA PRIMERA

MARÍA, GABRIEL, GONZALO.

GONZALO. ¡Cuarenta cartas he escrito
sólo a un pueblo! Credenciales,
¡ciento veinte y dos cabales!
¡O pego fuego al distrito
o te saco diputado!
Porque yo soy de este modo.
Y usted, ¿qué dice? *(A* MARÍA.*)*

MARÍA. *(Con oculta intención.)* Que *en todo*
es usted muy alentado.

GONZALO. Le tiene usted prevención,
aunque lo niegue su esposo,
a este proyecto grandioso
de nuestra diputación.
Pues en seis años o siete
recorre todo el registro:
(Señalando a GABRIEL.*)*

de diputado a ministro
y a jefe de Gabinete.
Que un hombre de su valer,
que en sacro fuego se abrasa,
no ha de quedarse en su casa
al lado de su mujer,
como cualquier ser vulgar,
enredado en unos flecos,
jugando con los muñecos
y echando leña al hogar.

GABRIEL. Así se explica, Gonzalo,
esa reciente manía
que te ha tomado María.

GONZALO. ¿Piensa de mí mucho malo?

MARÍA. ¡Quién sabe! Puede que sí.

GONZALO. ¿Acaso porque le privo?...
(Señalando a GABRIEL.)

MARÍA. Porque siempre halla motivo
para alejarle de mí.

GONZALO. ¡Señora, por caridad!...
¡Es por su bien!

MARÍA. Ya lo entiendo.

GONZALO. ¡Por su fama!

MARÍA. Lo comprendo.
No dudo de su amistad.
(En todo esto ella siempre fría e irónica; GABRIEL *observándolos con fijeza.)*

GABRIEL. Y fueras injusta a fe.
¿A quién se lo debo todo?

GONZALO. Si prosiguen de ese modo,
me marcho.

MARÍA. Pero ¿por qué?
Es usted el ángel bueno
de esta casa. Si algo malo
dijese alguien de Gonzalo,
bien pronto pusiera freno
mi Gabriel al atrevido
de buena o mala manera.
El será lo que usted quiera,
¡pero desagradecido!...
(Dice esto, más aún con amargura que con ironía y ríe al final con risa triste y forzada.)

GONZALO. ¿Quiere acabar, por merced?

MARÍA. *¡Acabar!...* Pues de eso trato.
GONZALO. ¿No es ingrato? *(Señalando a* GABRIEL.)
MARÍA. ¡No es ingrato!
GONZALO. *(Con pasión mal contenida.)*
Pues, en cambio, *lo es usted.*
MARÍA. No adivino la razón.
GONZALO. Pues voy a decirla.
MARÍA. ¿Sí?
GONZALO. Porque duda usted de mí... *(Como antes.)*
y de mi buena intención. *(Conteniéndose.)*
GABRIEL. Uno finge y otra finge,
y ya el misterio es un ogro.
Vamos a ver si yo logro
hacer hablar a la esfinge.
A la vez seré testigo,
juez, relator y fiscal
de este pleito, y por igual
entre mi esposa y mi amigo.
Que una sorda hostilidad
ha nacido de repente
entre vosotros... se siente,
se adivina. ¿No es verdad?
MARÍA. Yo lo niego.
GONZALO. Yo lo afirmo.
MARÍA. ¿Hay razón?
GONZALO. Pues sin razón.
GABRIEL. Yo, testigo de excepción,
lo aseguro y lo confirmo.
Antes, afecto sincero,
casi, casi, simpatía
entre vosotros había.
MARÍA. Basta. *(Con disgusto.)*
GABRIEL. No basta; yo quiero,
pues hago veces de juez,
llegar hasta la evidencia,
y buscar de la conciencia
los reflejos en la tez.
(Dice esto en tono de broma, pero se nota cierta intención profunda, y mira fijamente a su mujer.)
Digo que hoy tienes inquina
si antes tuviste cariño,
y de hechos patentes ciño

mi jurídica doctrina.
¿Este qué quiere? Mi bien.
¿Qué le preocupa? Mi fama.
¿Qué es lo que trama? Pues trama
hacer mi vida un edén.
(A GONZALO, *y en cada palabra se siente palpitar la ironía.)*
Pues santa intención te guía,
ya mi gratitud te absuelve.
Y ahora el tribunal se vuelve
a mi querida María.
¿Quién, con muy raro intervalo,
toda mi existencia absorbe?
El que es asombro del orbe
por su actividad: Gonzalo.
¿Quién me ocupa? ¿Quién me manda?
¿Quién ni respirar me deja?
¿Quién de tu lado me aleja
con mil pretextos? Aranda.
Luego está puesto en razón,
pues es mi vida tu vida,
que, verdadera o fingida,
le demuestres aversión.
(Acercándose a MARÍA *y cogiéndola cariñosamente por la mano, pero hablando con* GONZALO.)
Si aquí donde tú la ves,
grave, formal y casada,
es una niña mimada
de la cabeza a los pies.
No tiene confianza en sí,
ni en su valor, ni en su aureola;
tiene miedo si está sola,
y busca su apoyo en mí.
No, María, ni un instante
mi vigilancia suprimo.
¡No temas!

GONZALO. *(Ap. con enfado.)* (¡Basta de mimo!)

MARÍA. *(Separándose de él con enojo.)*
Gabriel, que hay gente delante.
(Pequeña pausa. MARÍA, *triste;* GABRIEL, *observándola.)*

GONZALO. Me complace tu alegría. *(A* GABRIEL.*)*
¿Conque me absuelves?
GABRIEL. Es claro.
GONZALO. Pues ya no tengo reparo
en dirigirme a María.
¿Y usted me guarda rencor,
o al fin firmamos las paces?
(Le tiende la mano, pero ella hace como si no lo viese.)
GABRIEL. Vamos, querida, ¿qué haces?
Te da la mano.
MARÍA. *(Volviéndose y dándole la mano fríamente.)*
En rigor,
¿para qué firmar la paz?
No hubo guerra ni desvío.
(Ap.) (En el alma siento frío,
y siento fuego en la faz.)
GONZALO. Como parte del tratado,
algo que lo solemnice:
aquella súplica que hice...
GABRIEL. Pues tú nada me has contado.
¿También secretos, María?
MARÍA. No recuerdo.
GONZALO. Yo quisiera
que con nosotros viniera...
GABRIEL. ¿Adónde?
GONZALO. A la cacería.
Dos semanas de placer...
de excursiones...
GABRIEL. ¡Qué famosa
idea!... ¿Pero mi esposa?...
GONZALO. Nada; no quiere acceder.
GABRIEL. Vamos, María...
MARÍA. Que aquí
lo dejemos les suplico.
GONZALO. Me someto; no replico.
(Saludando cortésmente.)
(Tú trabajarás por mí.) *(A* GABRIEL, *ap.)*
GABRIEL. Convenido y aceptado.
GONZALO. Pues ya, ¡voto a Belcebú!,
(Lo mismo y con cierto sarcasmo.)
nada temo si eres tú
mi aliado.

GABRIEL. Tu aliado.
GONZALO. Adiós... *(A* MARÍA.)
GABRIEL. Adiós.
GONZALO. A más ver.
GABRIEL. *(Ap.)* (¿Es traidora o es cobarde?)
GONZALO. *(Ap. y deteniéndose un instante para mirar a* MARÍA.)
La languidez de la tarde
cuando está para caer.

ESCENA II

GABRIEL, MARÍA.

GABRIEL. Ahora, y en tono formal,
quisiera que me explicases
de vuestra amistad las fases
y su cambio radical.
MARÍA. ¿Tú supones?...
GABRIEL. También él.
MARÍA. Estáis soñando.
GABRIEL. No es sueño.
(Acercándose a ella con cariño y emoción.)
¿No soy tu dueño?
MARÍA. ¡Mi dueño! *(Con pasión.)*
Y tienes razón, Gabriel.
Quisiera que, poco a poco,
te fueras de él retirando.
GABRIEL. ¡Ah!... ¿De manera que cuando
yo pensé... no estaba loco?
¿Será grave la razón?
MARÍA. Su amistad no te conviene.
GABRIEL. ¿Por qué causa?
MARÍA. Porque tiene
¡tan triste reputación!
¡Fama tal!... ¿Te causo pena?
GABRIEL. ¿Mala fama?... Pues no sé...
MARÍA. Pregunta más bien en qué
Gonzalo la tiene buena.
GABRIEL. Yo le juzgué corregido.
Puso freno a sus deseos;
cesaron sus galanteos;

ni un escándalo ha surgido
de diez meses a esta fecha
en *boudoir* o en gabinete,
y gustoso se somete
a la moral más estrecha.

MARÍA. No es eso.

GABRIEL. Pues yo creí...

MARÍA. No te hablo de sus amores;
buenos, malos o peores,
no me interesan a mí.
Que él entretenga sus ocios
como quiera..., allá muy lejos.
Yo hablaba de sus manejos,
es decir, de sus negocios.
De ese mundo en que tu honor
se puede, al fin, empañar.

GABRIEL. No temas; lo sé cuidar
tan bien como tú; mejor. *(Con dureza.)*
(Dulcificando el tono.)
Mejor, porque, al fin, mi esposa,
¿cómo entender lograría?...
Al principio yo creía
que me hablabas de otra cosa.

MARÍA. Yo no comprendo, en verdad,
vuestros asuntos; mas sé
que en el honor, que en la fe,
que en todo, la voluntad
al deber y a la razón
el camino facilita,
cuando peligros evita
evitando la ocasión.

GABRIEL. ¡No demuestras, a fe mía,
mucha confianza en el alma!...
(Con cierta violencia.)
Ya hablaremos con más calma
(Conteniéndose, pero con tono glacial.)
de tus temores, María.

MARÍA. ¡Perdón, Gabriel! *(Con dulzura.)*

GABRIEL. No te riño;
quise tan sólo explicar
que yo no puedo olvidar
lo que debo a su cariño;
que en mi vida y en mi trato,

sin un agravio patente,
sin una causa evidente,
yo nunca me muestro ingrato.
(Se sienta junto al velador y coge un libro con distracción. Pausa. MARÍA *se dirige a la derecha.)*
¿Me dejas?

MARÍA. *(Deteniéndose cerca de la puerta.)*
Voy a escribir
a tu padre. He recibido
carta suya. Le he pedido
consejo para asistir
o no asistir, según sea,
a vuestra gran cacería,
como Gonzalo quería.

GABRIEL. ¿Y mi padre?...

MARÍA. Aunque desea
verme..., me niega el permiso.

GABRIEL. Pues tiranía es a fe.

MARÍA. Digo negarlo, porque
a eso equivale este aviso:
que está la atmósfera helada
y hecho un barrizal el suelo,
y muy tormentoso el cielo,
y la sierra muy nevada.
Y yo, mas que no le cuadre
a tu amigo... de la infancia,
doy una gran importancia
al consejo de tu padre. *(Sale.)*

ESCENA III

GABRIEL.

¡Un año con esta lucha
sorda, constante y eterna!
De Gonzalo ya no dudo;
aunque me faltan las pruebas.
Pero María, María,
¿qué es lo que pasa por ella?
¡Ni adivino si me adora
ni entiendo si me desprecia!

¿Huye por odio de Aranda,
o de sí misma recela,
y, como dijo hace poco,
obedece a la prudencia,
que al evitar ocasiones
graves peligros aleja?
El peligro, la ocasión;
excusas torpes y necias
de quien estima en muy poco
de su alma la fortaleza.
Bien dice Miguel Cervantes
en su célebre novela:
mujer que nadie pretende,
¿qué mucho que a nadie ceda?
Si nadie la quiere mala,
por recurso será buena.
De la virtud los quilates,
y los del oro se prueban
en el fuego, que es la lucha:
tal resiste, pues tal pesa.
(Pausa. Se queda contemplando la chimenea.)
Por los siglos de los siglos
se quedara allá en su veta,
negro, inerte, silencioso
y con alardes de piedra
ese carbón que ahora brilla
en la roja chimenea,
si con industria y constancia
el hombre no lo extrajera
de la subterránea cárcel,
que allá en profundas tinieblas
fué, con muros de granito,
de su virtud fortaleza;
si no lo arrojasen luego
adonde halagos que queman,
llamas que alegres asaltan,
vientos que impetuosos llegan,
no venciesen sus desdenes,
no humillasen su soberbia,
y el negro manto rasgando
rojas ascuas descubrieran.
Que así el corazón a veces
bajo negro manto lleva

incendios, ascuas y llamas
como ese carbón de piedra;
y de honrada no blasone
la que en el fuego se quema.

ESCENA IV

GABRIEL, DON JAIME, que entra por el fondo.

DON JAIME. *(Ap.)* (Siempre engolfado en sus libros.)
Gabriel...

GABRIEL. *(Volviéndose y reconociendo a* DON JAIME.)
¡Padre!... ¡Quién creyera!...
(Corriendo a él y abrazándose los dos.)
¡Ya es tiempo!... ¡Casi seis meses!

DON JAIME. Acostumbrado a mi aldea,
para venir a la corte
siento invencible pereza.
¿La salud va bien?

GABRIEL. Muy bien.

DON JAIME. ¿Y María siempre buena?

GABRIEL. Siempre.

DON JAIME. ¿Y su madre?

GABRIEL. Su madre...
sin novedad.

DON JAIME. Ven más cerca.
¿Has estado enfermo?

GABRIEL. No.

DON JAIME. *(Observándole.* GABRIEL *procura rehuír la mirada de su padre.)*
Esa palidez intensa
de tu rostro, de tu frente
y de tus mejillas secas;
esos círculos morados
que dan a las dos esferas
de tus ojos como aureolas
de sangre; la lumbre negra
que con oscuros reflejos
en sus centros reverbera;
todo me anuncia, Gabriel,
y el cariño nunca yerra,
o un cuerpo que sufre mucho

o un alma que mucho pena.

GABRIEL. ¡Por Dios, padre, tú has leído
algún trágico poema,
y en mí ves el personaje
siniestro que en él campea!

DON JAIME. Te digo que tienes algo.

GABRIEL. Gusto de verte.

DON JAIME. No es esa.

GABRIEL. Pues no hay más.

DON JAIME. Que sí, Gabriel.
Yo conozco tu dolencia.

GABRIEL. *(Alarmado. Da unos pasos y mira con atención a su padre.)*
¿Que tú conoces?...

DON JAIME. Ha tiempo
que recelo...

GABRIEL. Dí. ¿Qué piensas?
¿Qué ves en mí? ¿Qué presumes?
¿Qué imaginas? ¿Qué sospechas?

DON JAIME. No te alarmes; no es asunto
para alborotar la iglesia
y hacer que toquen a vuelo
porque la casa se quema.
Es mucho menos.

GABRIEL. ¡Concluye!

DON JAIME. Ya concluyo si me dejas.
Que eres ambicioso.

GABRIEL. *(Tranquilizándose.)* Ya.

DON JAIME. Que por áspera ladera
que sube a gloriosas cimas
va trepando tu soberbia.
Que trabajas demasiado;
que no paras, que no cesas.
Ahí tienes lo que presumo
y cuáles son mis sospechas.

GABRIEL. ¿Y nada más?

DON JAIME. Nada más.

GABRIEL. *(Con cierta oculta ironía.)*
Es verdad; en eso aciertas.
No descanso, que la vida
mucho vale y mucho cuesta.

DON JAIME. *(Como dudando.)* Conformes. Y bien; por eso
dejé esta tarde mi aldea.

(GABRIEL *le mira con curiosidad.)*

GABRIEL. No te comprendo.

DON JAIME. Pues oye.
De mi expedición te acuerdas
a Londres..., cuando el empréstito...

GABRIEL. *(Con tono sombrío inclina la cabeza.)*
Sí, padre; la triste fecha...

DON JAIME. No hablemos de lo pasado;
pasó.

GABRIEL. Pasó; nada queda.

DON JAIME. Pues desde entonces conservo
amistad firme y estrecha
con dos banqueros ingleses.
Su casa es una potencia
en la alta *finance;* sus nombres,
tasados con gran reserva...

GABRIEL. Pues no adivino...

DON JAIME. Un instante.
Tienen una línea férrea,
mejor diría una red,
en Italia. Es cosa seria;
gente formal.

GABRIEL. Pero acaba.

DON JAIME. *(Todo esto con acento insinuante y cariñoso.*
GABRIEL, *receloso y ceñudo.)*
En suma: para su empresa
te necesitan, te buscan;
cinco mil duros; promesa
de una parte en las ganancias;
posición, independencia...

GABRIEL. ¿Y dónde?...

DON JAIME. *(Mirándole fijamente.)* Pues vivirás...,
y esto es mejor, ¡en Florencia!

GABRIEL. *(Ap.)* (Quiere echarme de Madrid;
luego también él sospecha.)
(En voz alta.) Imposible, padre; no.
Al menos hasta que vea
si las cosas que discurro
son realidades o nieblas.
Si el fantasma que persigo
se convierte en evidencia.
Si hay al fin de cada dicha
un desengaño que espera.

O si existe algún camino
desde la cuna a la huesa
que evite los lodazales
y las charcas de la tierra.
En fin, saber la verdad,
buena o mala, como sea;
si es buena, para gozarla;
¡si es mala!... *(Con acento terrible.)*
(Conteniéndose.) Para saberla.

DON JAIME. Gabriel, ¿qué quieres decir?
¿Qué extrañas frases son ésas?

GABRIEL. La cosa más natural.
¿No hablaste de mi soberbia?
¿De mi ambición? ¿De mi empeño
en escalar eminencias?
Pues bien claro está el sentido
de mis frases, que caldean
el deseo y la ambición,
la lucha y la resistencia.
¿No persigue el ambicioso
fantasmas que de él se alejan?
¿No sufre mil desengaños?
¿Mil dudas no le atormentan?
¿No se mete en lodazales?
¿Y no busca la evidencia
de sus ensueños de gloria,
de poder y de grandeza?
Pues ahí tienes por qué digo
que aquí en Madrid me encadena
una duda..., que es la duda...,
claro está, de mi existencia,
y que he de aclararla, padre,
buena o mala o como sea;
si es buena, para gozarla;
si es mala, para saberla.
(Pausa. Se miran ambos, recelosos y contrariados.)

DON JAIME. ¿Eres dichoso?

GABRIEL. ¡Dichoso!
Tanto, que ya me enajena
la dicha, y el porvenir
todo de azul se presenta.

DON JAIME. ¿Amas a María?

GABRIEL. ¡Padre!...
DON JAIME. ¿Lo mismo que antes? ¿No mengua?...
GABRIEL. ¿Menguar? ¡Crecer sin medida!
Hoy volcán, si ayer hoguera;
hoy delirio, si ayer calma;
y es natural que así sea. *(Pausa.)*
Antes de hacerla mi esposa
era un ángel, que en la esfera
flotaba, lejos del mundo
y lejos de sus miserias.
La adoraba como a un ser
de pura y divina esencia,
y perderla no temía,
que asaltos de la materia
no llegaban al espacio
en que sus alas etéreas
dejaban sobre lo azul
de blancura dos estelas.
Era amor, y no eran celos;
era calma, y no demencia;
era dicha, y no tortura;
era el cielo, no la tierra.
Pero vino del altar;
fueron mis brazos cadena
del ángel; plegó sus alas;
fué esposa sumisa y tierna;
y acaso la adoré menos,
que la adoración aleja;
pero ganó la pasión
lo que el respeto perdiera;
fué de sol rojizo rayo
lo que antes fulgor de estrella.
Y hoy la idolatro de modo
y con pasión tan intensa,
que en mi amor... acaso hay celos;
no es calma, porque es demencia;
es dicha, pero es tortura;
es cielo, ¡pero en la tierra!
DON JAIME. Pues tanto la quieres, ¿quieres
su dicha?
GABRIEL. Sí.
DON JAIME. *(Sacando un papel.)*

Pues acepta.

GABRIEL. *(Ap. y como si estuviese meditando.)*
(Y ya mis dudas serán
imposibles..., ¡pero eternas!
Porque siempre pensaré:
de proseguir mi experiencia,
quizá su virtud flaquease;
(Refiriéndose a MARÍA.)
y estas dichas que me restan
son limosnas de la suerte,
migajas de la miseria,
compasiones del azar,
honras que contemplo enteras,
porque la distancia es grande
entre Madrid y Florencia;
que a ser menor la distancia,
menores las dichas fueran,
menos cabales las honras;
las dudas, tristes certezas;
y así vengo a ser un hombre,
si tal nombre no es vergüenza,
feliz por casualidad
y honrado por coincidencia.)
(En voz alta.) ¡No, padre; no acepto nada!

DON JAIME. ¡Por María!

GABRIEL. ¡Ni por ella!

DON JAIME. *(Queriendo darle el pliego.)*
Toma; lee, juzga, medita.

GABRIEL. Es inútil, padre.

DON JAIME. Prueba.

GABRIEL. *(Ap.)* (Pruebas busco; pero aquí.)

DON JAIME. ¡Insensato!

GABRIEL. Magdalena.

ESCENA V

GABRIEL, DON JAIME; MAGDALENA, derecha, segundo término.

DON JAIME. Señora... *(Saliéndole al encuentro.)*

MAGDALENA. ¡Don Jaime!... *(Dándole la mano.)*
Gente
me pareció que llegaba;

pero, en verdad, ignoraba...

DON JAIME. Yo soy así. De repente
en mis asuntos resuelvo;
llego sin preparación,
¡porque sí!, y a mi rincón
de igual manera me vuelvo.

MAGDALENA. Que disputaban pensé...

DON JAIME. Nada falso nos imputa. *(Sonriendo.)*

MAGDALENA. ¿De modo que era disputa?

DON JAIME. Y grave.

MAGDALENA. Pues acerté.
Y en tal caso... *(Disponiéndose para salir.)*

DON JAIME. No; lo exijo. *(Deteniéndola.)*
Nuestro litigio examine;
medite bien, determine
en razón, que sé de fijo
que, al menos por esta vez,
no existe en la capital
ni más recto tribunal
ni más apropiado juez.

MAGDALENA. Dispense usted... Bien querría...;
pero no tengo derecho... *(Insistiendo en irse.)*

DON JAIME. Se trata, y éste es el hecho,
de la dicha de María.

MAGDALENA. ¡De María!... *(Deteniéndose.)*

DON JAIME. Conque ahora
resuelva usted en conciencia
si tiene o no competencia
para decidir, señora.

MAGDALENA. No adivino...

DON JAIME. *(Refiriéndose a* GABRIEL.)
Le propongo
algo que puede influir,
y mucho, en su porvenir.
En tal camino le pongo,
que al compás de su ambición,
a todo por él se llega.

MAGDALENA. Y sin embargo...

DON JAIME. Se niega.

MAGDALENA. ¿Por qué razón?

DON JAIME. Sin razón.

MAGDALENA. Me interesa el caso ya,
aunque no comprendo el caso.

(DON JAIME *le entrega la carta que antes sacó y que se negó a leer su hijo.)*
¿En este papel acaso?...

DON JAIME. Ese papel lo dirá.

MAGDALENA. *(Con verdadera alegría, leyendo rápidamente.)*
¡Ah, don Jaime, qué feliz
pensamiento tuvo usted!

DON JAIME. De modo, que no hay merced; *(A* GABRIEL.)
¡has de inclinar tu cerviz!

MAGDALENA. Has de vencer tu desvío. *(Con cariño.)*

DON JAIME. ¡Has de pensar que estás ciego!

MAGDALENA. Has de atender a mi ruego
por esta vez, hijo mío.

DON JAIME. Y tu condición bravía
ha de bajar su nivel
ante el padre de Gabriel
y la madre de María.
(Asediándole los dos con afán, con insistencia, y al mismo tiempo, con dulzura. El los escucha hosco y contrariado.)

GABRIEL. A ser posible, quisiera
complacerles.

DON JAIME. Pues insisto.

GABRIEL. Y yo, padre, si resisto,
es que invencible barrera,
y no necia veleidad,
de que nunca he sido reo,
al enfrenar mi deseo,
detiene mi voluntad.
Hay compromisos sagrados
que subsisten todavía;
no se prescinde en un día
de tres años consagrados
a una noble profesión,
que tiene su porvenir;
al menos, el de cumplir
una altísima misión.

DON JAIME. ¿El periódico?

GABRIEL. "El Derecho"
es un diario de importancia,
y he de decir sin jactancia,
porque se trata de un hecho,
que no hay persona ninguna

que niegue que su adelanto
se debe a mi celo tanto
como a su buena fortuna.

DON JAIME. Pero su dueño...

GABRIEL. Es mi amigo;
otra razón en mi abono.
¿Qué dirá si le abandono,
y sin causa me desligo
de mis promesas? Gonzalo...

DON JAIME. *(Con enojo.)* A él debes tu posición.

GABRIEL. A él la debo; no hay cuestión.
Pero en esto, ¿qué hay de malo?

DON JAIME. *(Movimiento de repugnancia en* DON JAIME *y* MAGDALENA.)
Este horizonte es mezquino;
el que te ofrezco, anchuroso.

MAGDALENA. Y más calma y más reposo,
lejos de este torbellino.

DON JAIME. Ver Italia...

GABRIEL. ¿Para qué?
De paso, pero la vi.
En su tierra no nací;
bajo su cielo no amé;
jamás recogió mi llanto
ni compartió mi alegría;
prefiero la patria mía.
¡Se quiere a la patria tanto!...
Su luz fué luz de mis ojos;
trocó en hombre al que era niño.
¿Qué tierra, con más cariño,
recibirá mis despojos?

MAGDALENA. Te debes a tu familia,
y debes hacer fortuna.
Perdona...

GABRIEL. No, que oportuna
es por demás esta homilia.
Mas también la cierro el paso.
Una sociedad potente
se ha formado, y el gerente
voy a ser; ¿lo ignora acaso?
(En el fondo, como en toda la escena, está palpitando la ironía. El actor interpretará con su talento estos difíciles matices.)

MAGDALENA. *(Sin poder contenerse.)*
¡Lo sabe todo Madrid!
y que es Gonzalo de Aranda
el que dispone, el que manda...

GABRIEL. Luego he vencido en la lid.
Si hallé la felicidad
en mi patrio y noble suelo,
¿no es casi tentar al Cielo
y a su divina bondad
con más ansias y porfías
y apetitos más profundos,
marcharme por esos mundos
buscando más alegrías?

MAGDALENA. Más alegrías, no sé; *(Sin poder contenerse.)*
más estimación, de fijo.

GABRIEL. ¡Cómo!... ¡Padre!... ¿Qué me dijo?

DON JAIME. Lo que yo repetiré.
Que la terca protección
de ese hombre, a quien debes todo,
la interpreta de mal modo...

GABRIEL. ¿Quién?

DON JAIME. La pública opinión. *(Pausa.)*

GABRIEL. *(Con impaciencia y furor reconcentrado.)*
¿Por qué?... ¿Van a concluir?

MAGDALENA. Pienso que no es menester.
(Ap.) (Si él quiere, puede entender
lo que queremos decir.)

DON JAIME. Que ese Aranda, aventurero
de la Bolsa...; que tu amigo
pasó pronto de mendigo
al rango de caballero.
Y que amigos sin honor,
que viven de honras ajenas...

GABRIEL. En la sangre de sus venas
tienen siempre fiador.
Y que quien sabe apretar
una espada con su mano
tiene siempre modo llano,
¡vive Cristo!, de cobrar.
Y que quien sabe vivir
libre de infamia y de afrenta,
si la ocasión se presenta,
¡sabrá por su honra morir!

Y que aunque la envidia ladre,
¡yo sé siempre adónde voy!,
y me tengo por quien soy:
¡por el hijo de mi padre!
(MAGDALENA *y* DON JAIME *le observan con atención y casi con placer.)*
(Conteniéndose y haciendo una transición.)
Hablé en tesis general,
que yo nunca dudaría
de Gonzalo.

DON JAIME. Pues María...
duda también.

GABRIEL. Hace mal.

DON JAIME. Por ella...

GABRIEL. ¿Qué?

DON JAIME. Te he buscado
el puesto que te he ofrecido.

GABRIEL. ¿Ella misma?...

DON JAIME. Lo ha pedido.

GABRIEL. ¿La razón?

MAGDALENA. La ha reservado.

DON JAIME. Y ahora, ¿qué dices?

GABRIEL. Lo dicho.

DON JAIME. ¿Sigues pensando?...

GABRIEL. Como antes.
En asuntos importantes,
¿qué peso tiene un capricho?

DON JAIME Deja que loco te llame.

GABRIEL. Pues el nombre prevalezca.

MAGDALENA. *(Ap.)* (¡Ojalá que no merezca
otro nombre más infame!)
(Alto.) María llega.

GABRIEL. *(A su padre.)* Pues ven
a tu cuarto... Evitaremos...

MAGDALENA. Gabriel...

GABRIEL. Más tarde hablaremos.

MAGDALENA. ¿Y cederás?

GABRIEL. ¡Nunca!

DON JAIME. ¿Quién
te dió ese carácter?

GABRIEL. ¡Padre,
el amor a la evidencia!
(Ap.) (¡O la duda!... ¡O la demencia!

(Señalando hacia el sitio por donde llega MARÍA.) ¡O el ser hija de su madre!)
(Salen DON JAIME *y* GABRIEL *por la izquierda. segundo término.)*

ESCENA VI

MAGDALENA; MARÍA por la derecha.

MARÍA. ¿Es Gabriel, madre?... ¿Qué dice?
¿Vino don Jaime?
MAGDALENA. Ya vino.
MARÍA. ¿Y trajo?...
(MAGDALENA *hace señal de asentimiento.)*
¡Cielo divino!
¿Será que al fin se realice
mi esperanza? ¡Cómo no!
¿Y lo sabe ya Gabriel?
MAGDALENA. Lo sabe, sí; pero él...
MARÍA. ¡Acaba!...
MAGDALENA. Que no aceptó.
MARÍA. *(Sorpresa y dolor; luego se rehace.)*
Porque ignora que es preciso;
pero aunque me cause enojos,
la verdad ante sus ojos
pondré yo, pues él lo quiso.
Y como es hombre de honor,
si encuentra cerrado el paso,
hará por él lo que acaso...
ya no hiciera por mi amor. *(Con tristeza.)*
MAGDALENA. Ni por aquél ni por éste;
mientras Gonzalo le aporte
beneficios..., ¡en la corte,
cuéstele lo que le cueste!
MARÍA. ¡No es posible, madre amada!
¡No es posible!...
(Como dudando.) Porque mira...
¡Ese hombre traidor... suspira...
por mi deshonra!
(Al oído de su madre, en voz baja, con temor de que la oigan; después oculta el rostro en el seno de su madre.)

MAGDALENA. Comprada
con los dones que a montón
derrama sobre tu esposo,
siempre en alarde ostentoso,
siempre en infame pregón.

MARÍA. ¿Luego el secreto profundo
de mi dolor?...

MAGDALENA. Lo sabía.

MARÍA. ¿Cómo pudiste?...

MAGDALENA. Hija mía,
¡si lo sabe todo el mundo!
Y mira, tal situación
es preciso que concluya;
por tu fama, por la suya...

MARÍA. Sí, madre, tienes razón.
Es forzoso... Yo lo exijo;
la verdad hay que decirle;
prevenirle...

MAGDALENA. *(Con profunda ironía.)*
¿Prevenirle?
¿Y de qué?... ¡Ya se le dijo!

MARÍA. ¿Pero todo?

MAGDALENA. ¡Todo!

MARÍA. *(Vacila; su madre la sostiene.)*
¡Madre!...

MAGDALENA. ¿Qué tienes?

MARÍA. Estoy serena.
¿Que la opinión le condena
le has dicho?

MAGDALENA. Y también su padre.

MARÍA. ¿Y él?... ¡Que no!... No puede ser
No os comprendió, madre mía.

MAGDALENA. Si no comprendió, sería
que no quiso comprender.

MARÍA. Es necesario insistir.

MAGDALENA. Insistimos, y no cede.

MARÍA. ¿Por qué?

MAGDALENA. Dice que no puede
que aquí está su porvenir.
María..., ¿qué tienes? *(Con solicitud.)*

MARÍA. *(Con distracción y tristeza, pero con dulzura.)*
Nada.

MAGDALENA. ¡Pues no llores!

MARÍA. *(Con forzada sonrisa.)*
Si no lloro.
MAGDALENA. *(Acariciándola.)*
¡No sabes cuánto te adoro!
MARÍA. *(Algo distraída.)*
Y yo también, madre amada.
MAGDALENA. Pues ¿qué piensas?... ¿Qué meditas?
¡Responde!
MARÍA. ¡Si no lo sé!
MAGDALENA. ¿No lo sabes?
MARÍA. Lloraré
contigo, a solas, mis cuitas.
(Se observa que dice esto por decir algo, pero que piensa en otra cosa distinta de lo que dice.)
MAGDALENA. ¿Y nada más?
MARÍA. ¿Qué me queda?
MAGDALENA. ¿Te resignas?
MARÍA. Es preciso.
Mi carácter es sumiso.
¿Qué te sorprende que ceda?
MAGDALENA. Pues no te creo.
MARÍA. Haces mal.
MAGDALENA. Hay en tu frente, hija mía,
la sombra pálida y fría
de un pensamiento fatal.
Gabriel...
MARIA. ¡No! ¡Por compasión,
no me hables, no me hables de él!
MAGDALENA. ¿No le quieres?
MARÍA. ¿A Gabriel?
¡Con todo mi corazón!
¿Olvidarle yo?... ¡Jamás!
¡Aquí está su amor entero!
cuanto más dudo..., ¡más quiero!
Cuanto menos él..., ¡yo más!
¡No, madre, nos engañamos:
hay algo que no sabemos;
es mentira lo que vemos,
mentira lo que pensamos!
Sin ir más lejos, ayer,
él y yo en mi gabinete,
pensaba yo: quien sujete

tu ser y en él pueda ver
sin velos todo su afán,
¿verá gozos o dolores?
¿Del ángel los resplandores
o las llamas de Satán?
(Pequeña pausa. Se acerca a su madre, como buscando confianza y consuelo.)
La estancia, triste y sombría;
yo, apoyada en el balcón;
él, lejos de su María,
y la luna, blanca y fría,
en la azulada extensión.

—

Llegó al gabinete oscuro
un rayo al fin de su luz:
cruzó el suelo, subió al muro,
y siempre diáfano y puro,
se detuvo en una cruz.

—

Gabriel en la sombra estaba;
yo, en el plateado fulgor,
y no sé por qué pensaba,
sin verle, que me miraba
desde lejos con amor.

—

Y aun pensé con embeleso
que en voz muy baja me nombra,
y en una ráfaga impreso,
llegué a fingirme en la sombra
como el chasquido de un beso.

—

Así pasamos un rato;
suena un reloj: ya es la una;
yo, triste; triste el ingrato;
y por el muro la luna
viene a dar en tu retrato.

—

De modo que yo sentía,
madre del alma, en un haz
de luz muy blanca y muy fría,

el rostro de tu María
y tu hermosa y triste faz.

—

De pronto..., avanza Gabriel:
me mira, me besa ufano,
y entre amoroso y cruel,
aprieta mi pobre mano
hasta ensangrentar su piel.

—

Y al verle de esta manera,
y al contemplar su semblante,
me juzgaba prisionera
en los brazos de un amante
y en las garras de una fiera.

—

El se vuelve a su rincón,
y yo, madre, sin hablar
y oprimido el corazón,
me eché en silencio a llorar
en el hueco del balcón.

—

MAGDALENA. Es Gabriel...
MARÍA. Déjame a mí.
MAGDALENA. ¿Vas a probar?
MARÍA. A mi modo.
¡Juego el todo por el todo!
MAGDALENA. Calma por Dios...
MARÍA. Calma, sí.
MAGDALENA. ¿Y le hablarás?
MARÍA. ¡De su honor!...
¡De Gonzalo!
MAGDALENA. ¿De Gonzalo?
MARÍA. Sí, madre; que lo más malo
fuera acaso lo mejor.
MAGDALENA. *(Al retirarse, y ya cerca de la puerta, se detiene, asaltada por una duda.)*
Pero si llega a entender
sus vilezas, hija mía,
y le provoca...

MARÍA. ¡Sería
gran desdicha... y gran placer!
(Sale MAGDALENA *por la derecha.)*

ESCENA VII

MARÍA, GABRIEL, éste por la izquierda.

MARÍA. (Es él.) *(Ap.)*
GABRIEL. *(Ap.)* (Es ella.)
MARÍA. *(Ap.)* (¡Ay de mí!)
GABRIEL. María...
MARÍA. Gabriel querido...
¿Conque tu padre ha venido?
(Toda esta escena se encomienda al talento de los actores.)
¿Estarás contento?
(Acercándose a él cariciosa y, al parecer, alegre.)
GABRIEL. Sí,
y muy de veras.
MARÍA. Es claro.
GABRIEL. ¡Ha tanto que no le veo!
¿Y tú también?
MARÍA. ¡Ya lo creo!
Sin rebozo lo declaro,
porque ¿quién no yerra? ¡Quién!...
(GABRIEL *se aleja de ella, y se sienta en el sofá.)*
¿No atiendes lo que te digo?
GABRIEL. Antes... aquí... tú, conmigo. *(Llamándola.)*
MARÍA. Pues oye... *(Sentándose.)*
GABRIEL. Más cerca; ven.
Así es mejor; ya te escucho.
MARÍA. Al pronto... lo diré quedo:
vamos..., que me daba miedo:
pero ahora le quiero mucho.
Y la razón bien se infiere.
GABRIEL. Porque es mi padre. *(Sonriendo.)*
MARÍA. Eso más;
pero además...

GABRIEL. ¿Además?
MARÍA. Por lo mucho que te quiere.
GABRIEL. ¡Eres muy buena!
MARÍA. ¿Yo? Sí,
¡vaya una bondad!
GABRIEL. María,
¿por qué quisiste ser mía?
¡Yo no soy digno de ti!
MARÍA. ¡Eso no!
GABRIEL. ¿Por qué razón?
MARÍA. ¡Porque eso es malo y cruel!
GABRIEL. ¡Eres un ángel!...
MARÍA. ¡Gabriel!
GABRIEL. Que vino de otra región
a este pobre y triste suelo
por misteriosas escalas.
MARÍA. *(Con mimo, malicia y tristeza.)*
Los ángeles tienen alas
y van volandito al cielo.
GABRIEL. Si las pierden al bajar
les fatan para subir.
MARÍA. *(Con tristeza, casi con lágrimas.)*
¡Es que brotan al morir!...
¡Mas no te quiero dejar! *(Abrazándose a él.)*
GABRIEL. Lo diré aunque no te cuadre: *(Conmovido.)*
¡eres un ángel!
MARÍA. *(Con caprichosa malicia.)* Volvamos
al sitio en que nos quedamos;
yo quiero hablar de tu padre.
GABRIEL. Te llevaba de vencida;
pero hablemos de él si quieres:
sois él y tú los dos seres
que más amo yo en la vida.
MARÍA. ¡Su cariño es tan profundo!
¡Y es tan grande su prudencia!...
¡Y tiene tanta experiencia
de las cosas de este mundo!
(Pequeña pausa. GABRIEL *comienza a comprender el objeto de* MARÍA, *y se separa algo de ella.)*
Consejo que llegue a dar
será siempre por tu bien.

GABRIEL. *(Ap.)* (¡Era por eso!... ¡Ya!...)
MARÍA. ¿Quién
te podrá como él amar?
En cosas tuyas no yerra:
¡pone un afán! ¡Tiene un celo!
GABRIEL. *(Ap.)* (Para ser ángel del cielo
no finge mal en la tierra.
Con su dulce sonreír,
con su plácido cariño,
con sus caricias de niño...
quiso a este punto venir.)
MARÍA. Siempre atiendes...
GABRIEL. *(Su tono ya es otro; ya finge, si antes se entregó a una verdadera emoción.)*
Es cordura.
MARÍA. Y respetas...
GABRIEL. Es deber.
MARÍA. Su opinión.
GABRIEL. Claro.
MARÍA. Ha de ser
una opinión muy segura.
¿No es verdad?
GABRIEL. Casi es verdad.
MARÍA. ¿Dices casi?
GABRIEL. *(La ironía domina ya en* GABRIEL.) Lo posible.
¿Quién puede ser infalible,
y, sobre todo, a su edad?
MARÍA. *(El ansia domina, a su pesar, a* MARÍA.)
¿Pero la opinión que él forme?...
GABRIEL. Valdrá más que siendo ajena.
MARÍA. ¿Y la seguirás? *(Con angustia.)*
GABRIEL. Si es buena...
MARÍA. ¿Y bien?
GABRIEL. Según y conforme.
MARÍA. Basta, Gabriel, de fingir.
(Con repentino arranque.)
GABRIEL. Si todo ha sido ficción,
ya es tiempo, tienes razón,
de comenzar a decir
la verdad cual ella sea.
MARÍA. Acepta lo que ese anciano
te ofrece.
GABRIEL. *(Sombrío.)* No está en mi mano.

MARÍA. ¿Cómo quieres que yo crea
en imposibles, que son
para mí eterno martirio,
o frutos de tu delirio,
o frutos de tu ambición?

GABRIEL. No es así cómo se llama.

MARÍA. *(Con ansia y angustia.)*
¡Quiero salir de Madrid!

GABRIEL. ¿Por qué? *(Con afán y acercándose a ella.)*

MARÍA. Porque en esta lid
está en peligro tu fama.

GABRIEL. ¿Quién la amenaza?

MARÍA. ¡Un traidor,
con pretexto de amistad!

GABRIEL. ¿De qué modo? ¡La verdad!

MARÍA. ¡Con asaltos a mi honor!

GABRIEL. Si fuese lo que supones,
¡vive el cielo! que mal lance
echó el hombre, porque en trance
de mala muerte le pones.

MARÍA. ¡Eso no! *(Espantada.)*

GABRIEL. Pues eso sí.
Una prueba necesito.
De palabra o por escrito,
¿te ofendió? ¡Contesta, di
de una vez! Esos agravios
que provocan tus enojos,
¿los sospecharon tus ojos
o los dijeron sus labios?
¡Responde pronto, por Dios!
¡Y él baje a tu pensamiento,
porque acaso este momento
va a decidir de los dos!

MARÍA. *(Con extrema resolución.)*
¡Me ama Gonzalo!... Lo sé.

GABRIEL. *(Con alegría.)* ¡Acaba! Yo te lo exijo.
¿Lo sabes porque él lo dijo?

MARÍA. *(Con temor y como retrocediendo.)*
Porque yo lo adiviné. *(Pausa.)*

GABRIEL. ¿Por eso quieres partir?

MARÍA. Es el modo de cortar
tanto y tanto murmurar.

GABRIEL. ¡Todo lo vas a decir!
¡Tienes miedo!...
MARÍA. ¿Qué razón?...
GABRIEL. ¡De amarle!
(Con furia y cogiéndola por su brazo.)
MARÍA. ¡Qué villanía!
GABRIEL. ¡Pues algo temes, María!
MARÍA. ¡Algo temo! ¡Tu ambición!
GABRIEL. *(Con sarcasmo.)* ¿Pues qué tiene ella que ver
con esas quejas que exhalas?
MARÍA. ¡Que por no cortar sus alas,
no me quieres entender!
GABRIEL. ¡Que yo soy capaz!... ¡¡Mentira!!
MARÍA. Pues tampoco lo soy yo:
yo dudé de quien dudó.
GABRIEL. Quieres obligarme: ¡mira
si comprendo tu manera!
Pero inútil; ya lo ves.
Ni lo piensas, ni lo crees,
ni lo imaginas siquiera.
¡Ahí tienes! ¡Tus intenciones
en un punto he comprendido!
Nunca mi honor ha servido
para manto de traiciones.
MARÍA. ¡Sacrifica tu ambición
al menos a tu honradez!
GABRIEL. ¡Escribe sobre tu tez
lo que está en tu corazón!
MARÍA. ¡Mal te arrastra el egoísmo!
GABRIEL. ¡Mal te hostiga la conciencia!
¡Hallaremos la evidencia!
MARÍA. ¡En el fondo del abismo!
GABRIEL. Es Gonzalo... *(Mirando por el foro.)*
MARÍA. ¡Arrójale!...
¡Rompe con él!
GABRIEL. No, María.
(Me hace falta todavía *(Ap.)*
para aquilatar su fe.)

ESCENA VIII

GABRIEL, MARÍA, GONZALO, LUIS. LUIS entra gozoso; GONZALO se detiene un instante en el fondo con un criado.

LUIS. ¡De glorias soy mensajero!
GONZALO. A las señoras avise. *(Al criado que pasa.)*
LUIS. ¡Gran victoria!
GONZALO. *(Entra con un telegrama.)* ¡Que yo quise
participarte el primero!
GABRIEL. ¡Gonzalo! *(Con fingida alegría.)*
GONZALO. *(Se dan las manos.)* ¡Gabriel!
MARÍA. *(Ap.)* ¡Le ha dado
la mano!)
LUIS. ¡Fausta noticia!
GONZALO. Triunfó, Gabriel, la justicia:
¡eres, por fin, diputado!
GABRIEL. ¿Pero es verdad?
GONZALO. ¡Si es verdad!
¡Había yo de engañarte!
GABRIEL. ¡Gonzalo, cómo pagarte
tanta prueba de amistad!
GONZALO. Así el afecto lo quiso,
¡y por tuyo has de tener
mi caudal, y mi valer,
y mi vida, si es preciso!
GABRIEL. ¡Y siguiendo en tal manera,
y uno y otro en tal porfía,
¡vive Dios! que vendrá un día
en que te la pida entera!
(Se abrazan fuertemente; MARÍA *los contempla con repugnancia.)*
MARÍA. Y para que nada empañe
esta velada gozosa,
la gratitud de la esposa
es natural que acompañe
a la común alegría.
GONZALO. Pues aguardo sus mercedes.
MARÍA. Nada..., que voy con ustedes.
GONZALO. ¿Adónde?

MARÍA. A la cacería.
GONZALO. ¡Qué ventura!
GABRIEL. ¡Qué placer!
GONZALO. *(Acercándose a* MARÍA *y dándole la mano.)*
¡Gracias! ¡Gracias!
MARÍA. *(Señalando a* DON JAIME, *que aparece.)*
Mire allí.

ESCENA IX

MARÍA, GABRIEL, GONZALO, LUIS, DON JAIME por la izquierda segundo término.

GONZALO. ¡Don Jaime, usted por aquí!
DON JAIME. *(Se dan las manos y forman un grupo con* LUIS; *después* GONZALO *le enseña el telegrama.)*
¡Gonzalo!
GABRIEL. *(Ap.)* (¡Palidecer
les vi a los dos.)
DON JAIME. ¡Esto más!
GABRIEL. *(Ap., mirando a* MARÍA.)
(¡Me agradan tus iras ciegas!)
MARÍA. *(Ap., mirando a* GABRIEL.)
(¡Así sabré donde llegas!)
GABRIEL. *(Ap.)* (¡Así sabré donde vas!)
MARÍA. ¿Estás contento? *(A* GABRIEL.)
GABRIEL. ¿Contento?
¡Pues si el gozo me rebosa!
¡Y lo está también mi esposa!
MARÍA. ¡Tanta dicha, tanta siento,
que casi sabe a dolor!
GABRIEL. ¿Me amas mucho?
MARÍA. ¡Mucho, sí!
¿Y tú me quieres a mí?
GABRIEL. ¡Tanto, que ya no es amor!

ESCENA X

MARÍA, GABRIEL, DON JAIME, GONZALO, LUIS; MAGDALENA, por la izquierda.

MAGDALENA. (¡Otra vez!) *(Ap., sin avanzar.)*
GONZALO. ¡Magdalena!
¡Por cien votos ha triunfado!
¡Le tenemos diputado!
MAGDALENA. ¿Te agrada? *(A* GABRIEL.)
GABRIEL. Vale la pena.
¡Vengan aquí con María!
Consagremos la velada
al placer y a la alegría
y a preparar la jornada
de nuestra gran cacería.
¡Mucho en ella habrá que ver,
y mucho habrá que gozar,
que, según mi parecer,
habrá mucho que matar...
por afición o deber!
(Quedan él y MARÍA *juntos; a su alrededor, como dispuestos a sentarse, los demás.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La decoración es la misma del tercer acto del drama *Cómo empieza y cómo acaba*. Representa una habitación de paso en la casa de campo de DON ANDRÉS. A la izquierda del espectador, en primero y segundo término, respectivamente, dos puertas. A la derecha, otra tercera puerta; desde ésta hasta el corredor del fondo, un lienzo de pared seguido. En el fondo, y hacia la derecha, una gran ventana con hojas de cristal; en este mismo lado aparece la entrada de un corredor, que conduce a las habitaciones de la casa. También en el fondo, pero a la izquierda, una puerta que comunica con otro corredor; por esta puerta se ve un trofeo de escopetas, cuchillos de monte, etc. Entre la puerta del fondo y la ventana, una mesa de pino, y encima una Virgen de la Merced alumbrada por una pequeña lámpara o por un farolillo. En primer término, a la izquierda, una mesa y un sillón; encima de la mesa, una luz. Es todavía de noche.

ESCENA PRIMERA

LEANDRA, BERNARDO, que viene del corredor de la derecha.

LEANDRA. Mucho madruga usted, padre;
no son las tres.

BERNARDO. Por lo visto
no te quedas a la zaga.

LEANDRA. Con la gente que nos vino
de Madrid, ¡cómo es posible
que nadie duerma tranquilo!
Don Luis, don Gabriel, don Jaime
y ese señor que es tan rico;
los criados, los monteros...,
vamos, que es un laberinto.

Y gracias que las señoras
y don Andrés no han querido
venir por acá, y en casa
de don Jaime, muy pasito
se han quedado. Yo bien sé
por qué. ¿Y usted?

BERNARDO. Lo adivino.
¡Aquella noche! ¿Te acuerdas?

LEANDRA. ¿Si me acuerdo? En este sitio,
donde estamos... ¡vino a dar!

BERNARDO. ¡Pobre don Pablo! ¡Un bendito!

LEANDRA. *(Acercándose a él con temor supersticioso.)*
Pues mire usted, el pachón
ha poco dió tres aullidos,
y la pintada otros tres;
como aquella vez, lo mismo.
Y aunque son viejos los dos
apretaban de lo lindo.
De la noche en el silencio
¡daba miedo y daba frío!
Por eso me desperté;
fuíme al patio muy quedito;
les pasé a los dos la mano,
diciendo: "Quietos, borricos",
por el lomo..., y el pachón
estaba como un erizo,
y la pintada sudando...
ni que saliese del río...

BERNARDO. Muchacha, cavilaciones.

LEANDRA. Bien está; que así me dijo
aquella noche, y después...,
después vimos lo que vimos.

BERNARDO. *(Señalando la de la Virgen.)*
Pero entonces esa luz
se apagó... y ahora...

LEANDRA. Lo mismo.
Es decir, lo mismo no;
pero pongo lo que quito.
Vamos al decir, un caso
que no es regular. ¿Me explico?
Mientras abajo me estuve,
don Gabriel cata que vino,

y sin respeto ninguno
a esa imagen..., va y qué hizo:
cogió la luz, y a esa puerta
acercóse muy quedito,
reparó la cerradura,
probó la llave... Le digo
¡que parecía un ladrón!...,
salvo el respeto debido.

BERNARDO. Pero si ahí dentro no hay nadie;
si nadie ese cuarto quiso.

LEANDRA. Pues bueno, solo se estuvo
mirándolo con ahinco.
Y en tanto la Vírgen santa,
¡a oscuras! Nada, ni un hilo
de luz en las lentejuelas
de su ropaje divino.
Cuando barrunto una cosa
resulta luego de fijo.

BERNARDO. ¿Y qué barruntas?

LEANDRA. No sé;
pero esto perdió su quicio.
Si anoche me sucedió
¡lo más raro!...

BERNARDO. ¿Otro prodigio?

LEANDRA. Prodigio, no. ¡Pero vaya!...
Padre, cuanto más cavilo,
más me figuro que es cosa
de cuidado.
(Acercándose a él y en voz baja.)
Con sigilo
y misterio, y dos monedas,
además, y de oro fino,
me dió don Gonzalo anoche...,
cerrada y sin sobrescrito...,
¡una carta!

BERNARDO. ¿Para quién?

LEANDRA. Pues ahí está. *(Con malicia.)*

BERNARDO. No adivino.

LEANDRA. "Llévasela a tu señora."
Eso fué lo que me dijo.
"A ella sola, ¿me comprendes?"

BERNARDO. ¿Doña Magdalena?

LEANDRA. *(Burlándose.)* ¡Lindo!

La señorita María.

BERNARDO. ¿Y qué?

LEANDRA. Que yo me malicio
que esa carta...

BERNARDO. ¿La perdiste?

LEANDRA. ¡Quite allá! Si anoche mismo
fuí de una carrera al pueblo
y la entregué. Cabalito;
a ella sola.

BERNARDO. ¿Y la leyó?
(LEANDRA *dice que sí con la cabeza, siempre con aire malicioso.)*
¿Y qué?

LEANDRA. ¡Pues que yo me fijo
mucho en la gente!... ¡No es cosa!
Y su rostro estaba lívido,
y le temblaban los labios,
y aunque la inocente quiso
como fingir alegría,
¡buena está!, pues la del nido
cuando se cayó del árbol
y lo apedrea el granizo,
y la madre no parece,
y crece y se encrespa el río.

BERNARDO. ¿Y es eso todo, chiquilla?

LEANDRA. No, señor; que el enredijo
antes de llevar la carta
ocurrió. *(Pausa.)*

BERNARDO. Vamos, no atino
con lo que quieres decir.

LEANDRA. ¡Que la leyó su marido!
¡Ahí lo tiene! ¡Don Gabriel!

BERNARDO. ¿Cómo?

LEANDRA. De un modo sencillo.
Ahora verá. *(Disponiéndose a contarlo.)*

BERNARDO. Gente viene.

LEANDRA. El ruin de Roma.

BERNARDO. Pues chito.

ESCENA II

GABRIEL, LEANDRA, BERNARDO. Gabriel viene por el corredor de la derecha.

BERNARDO. Mucho madruga el señor.
GABRIEL. Es ya tarde. Son las cinco.
BERNARDO. Ni las tres.
GABRIEL. No importa; avisa.
Todos arriba; es preciso.
En un momento amanece.
BERNARDO. Sí, señor.
GABRIEL. ¿Y ella?... ¿No vino?
BERNARDO. ¿Quién?
GABRIEL. ¡María!... La señora.
BERNARDO. ¡A estas horas! Cuando digo
que el señor no sabe...
GABRIEL. Basta.
Despierta a todos.
LEANDRA. *(Ap.)* (¡Qué arisco!)
BERNARDO. Voy al instante.
GABRIEL. De prisa.
BERNARDO. Sí, señor.
LEANDRA. *(Ap. a su padre al salir por la derecha.)*
(¡Es un erizo!)

ESCENA III

GABRIEL.

Aquí, cuando rompa el día
y se encienda el horizonte;
aquí, cuando allá en el monte
comience la cacería.
Así leyó en un papel
la que fué toda mi gloria;
memoria, guarda memoria
de lo que aprendiste en él.
"Leandra al pueblo bajará;
(Como recordando.)
"irá el cazador al puesto;

"para Bernardo pretexto
"que lo aleje se hallará.
"Y quedaremos los dos..."
¡Y además vuestro castigo:
ni habéis contado conmigo,
ni habéis contado con Dios!
(Pequeña pausa. Se pasa la mano por la frente y sus ideas toman otro rumbo.)
Pero calma el frenesí
que te hostiga, pensamiento,
que tal vez este momento
es de dichas para ti.
¿Quién no espera? ¿Quién no cree?
¿Quién te dice, duda terca,
que esa aurora que se acerca
no es la aurora de mi fe?
Toda la escena adivino,
(Animándose y como viendo la escena que describe, con el deseo.)
que yo conozco a María...
Allá va mi fantasía
a lo largo del camino...
Su ventana entre follaje...
Ella... La carta recibe...
y un pensamiento concibe
al impulso del ultraje.
Lo pone al punto por obra...,
coge..., sale..., da a correr;
llega al fin..., me logra ver...,
me abraza y, ya sin zozobra,
"¡Ahí tienes!... ¡Es del traidor!,
me dice, y nada te asombre;
te doy la vida de un hombre,
en cambio, dame tu amor!" *(Pausa.)*
Pero mentira, ¡ay de mí!,
que esto no sucederá;
un duelo la espantará.
¡Las mujeres son así!
Más le valiera en rigor
ser algo más atrevida.
cuidar menos de mi vida
y cuidar más de mi honor. *(Pausa.)*
¡Débil como niño tierno!

¡Cobarde como el delito!
¡Terca como el apetito!
¡Traidora como el infierno!
Así vaga en mi conciencia
su imagen pálida y muda...
¡A su lado va la duda
y detrás va la demencia!
¡Dios santo, su corazón!
¡Aquella dicha perdida!
¡Y, en cambio, toma mi vida,
y, si quieres, mi razón!
(Cae en el sillón y oprime la cabeza entre las manos.)

ESCENA IV

DON JAIME, GABRIEL.

DON JAIME. *(Poniéndole una mano en el hombro.)*
¿Te pesa el sueño?
GABRIEL. Me pesa
más bien haber despertado.
DON JAIME. Pues ya la gente allá arriba
se revuelve; ya en el patio
se preparan los monteros,
brincan alegres los galgos,
y los podencos apuntan
con el hocico hacia el rastro.
Conque sacude los miembros
dormidos, pereza a un lado,
y a respirar aire puro
vámonos por esos campos.
(GABRIEL *levanta la cabeza y le mira.)*
¿Pero qué tienes, Gabriel?
¡Qué rojos están tus párpados!
¡Cómo te brillan los ojos!
GABRIEL. ¡Padre!...
DON JAIME. Gabriel... ¿has llorado?
GABRIEL. ¡Es vergüenza!
DON JAIME. Según sea
la causa.
GABRIEL. ¡Celos!

DON JAIME. *(Con explosión de alegría.)* ¡Al cabo!
GABRIEL. ¿Luego tú piensas que son?...
DON JAIME. ¡Insensatos! ¡Insensatos!
GABRIEL. ¡Pues te alegrabas!...
DON JAIME. Sin duda;
porque ellos de ese Gonzalo
te alejarán, y tu honor
ganará con ello tanto
como ha perdido hasta aquí
con el roce del villano.
GABRIEL. ¿Pero María?...
DON JAIME. ¡Es un ángel!
¿Lo dudas?
GABRIEL. ¡Padre! ¡Dudarlo!
DON JAIME. ¿Luego tus celos?...
GABRIEL. No existen.
DON JAIME. Entonces ¿por qué tu llanto?
GABRIEL. Por remordimiento, padre,
de los celos que pasaron.
DON JAIME. ¿Pero es verdad?
GABRIEL. ¿No me crees?
DON JAIME. A dudar me has enseñado,
y no hay dolencia que lleve
consigo mayor contagio.
Algo noto en tu mirada...
GABRIEL. Toda sombra deja rastro.
Mira, la noche se va,
y aun las orlas de su manto
en curvas inmensas rozan
esos montes y esos campos.
DON JAIME. ¿Y la noche de tu duda?
GABRIEL. Por aquí va resbalando. *(Tocándose la frente.)*
Deja que suban sus bordes
del corazón a los párpados,
que cuando pase el crespón
vendrá la luz con sus rayos.
DON JAIME. ¡Gabriel!...
(Acercándose al fondo, corredor, izquierda.)
Escucha... María...
GABRIEL. ¡Es ella! ¡Es ella! ¡Dios Santo! *(Ap.)*
(Ella viene, pero ¿a qué?
¿A darme el papel villano?
Pues esperemos que venga.

¿Acude al traidor reclamo?
Pues esperemos también.)
(A su padre, en voz alta.)
Después... Después... Yo la aguardo
arriba. Porque ahora, padre,
¡no es prudente!... ¡La amo tanto!...
Adiós; no le digas nada.
Queda tiempo...

DON JAIME. *(Queriendo detenerle.)* Sin embargo...

GABRIEL. Adiós..., que la aurora llega
con sus luces... (Rojo manto *(Ap.)*
me parece que prepara,
según se va arrebolando.
¡Ah, María! ¡Si me vendes,
otro como aquel preparo,
que he de envolver tu belleza
en ondas de sangre y llanto!)
(Sale por la derecha, segundo término.)

ESCENA V

DON JAIME, MARÍA, por el corredor de la izquierda, muy agitada.

DON JAIME. ¿Tú tan temprano, María?
¿Qué motivos?...

MARÍA. ¿Qué motivos?
El ver los preparativos
de esa sin par cacería.
¿Y Gabriel?

DON JAIME. ¿Llegaste sola?

MARÍA. *(Dice todo esto con volubilidad, con tono ligero, pero inquieta y mirando a su alrededor.)*
No; con Luis y don Andrés.
Mi primo antes de las tres
vino a casa. ¡Nos inmola
sin caridad! ¡Y es feliz!
¡Qué cazador! A su lado,
aquel Nemrod tan nombrado
fuera un mísero aprendiz.
¿Pero mi Gabriel?... Quisiera...

DON JAIME. Estás inquieta, agitada...
¿Qué tienes?

MARÍA. ¿Qué tengo? Nada.
DON JAIME. María, no eres sincera.
No tienes confianza en mí.
MARÍA. ¿Qué dice usted?
DON JAIME. Y haces mal.
Haces mal, porque te quiero
con cariño verdadero,
con cariño paternal.
MARÍA. *(Dejando de fingir y con efusión.)*
¡Gracias! ¡Gracias!
DON JAIME. No es favor.
¿Alguna pena te hostiga?
Yo sé cómo se mitiga,
si no se borra, el dolor:
que borrarse con la muerte.
¿Necesitas un consejo?
Puedo darlo, que soy viejo.
¿Un defensor? Aun soy fuerte
y como nadie fiel.
Y cuenta de todos modos
con mi apoyo contra todos.
¿Quieres más? ¡Contra Gabriel!
MARÍA. ¿Contra Gabriel?
DON JAIME. ¿Lo deseas?
MARÍA. ¿Por qué?
DON JAIME. Voy a la raíz.
Porque no te hace feliz,
y es menester que lo seas.
MARÍA. ¿Usted sabe?
DON JAIME. Lo adivino.
MARÍA. Pues bien... *(Deteniéndose.)*
DON JAIME. Pronto, con lisura.
MARÍA. ¡Me desprecia! *(Con desesperación.)*
DON JAIME. ¡Qué locura!
MARÍA. ¡No me ama!
DON JAIME. ¡Qué desatino!
MARÍA. ¡Tengo pruebas!
DON JAIME. No analices
miserias, copos de espuma.
MARÍA. ¡Ah, si lo fueran!
DON JAIME. En suma:
¡no sabes lo que te dices!
MARÍA. ¡Ojalá que mi razón

se hundiese en la lobreguez!

DON JAIME. Vamos, ¿quieres de una vez
abrirme tu corazón?

MARÍA. ¿A usted?... ¿A usted?

DON JAIME. ¡A mí mismo!

MARÍA. ¡Y bien!... ¡Sí!... ¡Todo!... ¡Al momento!

DON JAIME. Habla, hija mía.

MARÍA. Me siento
en el borde del abismo.

DON JAIME. ¡Cómo!

MARÍA. ¡Gonzalo es traidor!

DON JAIME. Todo Madrid lo proclama.

MARÍA. ¡Me deshonra con su fama,
me persigue con su amor!

DON JAIME. ¿Pero Gabriel?...

MARÍA. No lo cree,
o por lo menos lo finge.

DON JAIME. ¡Qué dices!

MARÍA. Que es una esfinge
para mi amor y mi fe.
Que a cambio de su ambición,
que Aranda alimenta, astuto,
le arroja como tributo
su nombre y mi estimación.

DON JAIME. ¿Qué piensas?

MARÍA. ¡Lo más horrible!
¡Padre, lo que mancha más!
¡Lo que no diré jamás!
¡Lo increíble! ¡Lo increíble!

DON JAIME. *(Con tono severo, cogiéndola por la mano; ella oculta el rostro.)*
Pues yo lo diré por ti.
¡Que tu Gabriel te vendió!...

MARÍA. *(Queriendo taparle la boca.)*
¡No lo diga, padre, no!

DON JAIME. ¿Pero eso pensabas?

MARIA. *(Después de dudar.)* Sí.
(Acercándose a él con afán y hablando con creciente pasión.)
¡Pensamiento que me humilla!
¡Pensamiento que me mata!
¡Que aun a solas me arrebata
el calor a la mejilla!

Es el vértigo que llega;
es la duda que me oprime;
es la esperanza que gime
a medida que se anega.
Para alcanzar la verdad
y apurarla hasta las heces,
mi vida diera cien veces,
y cien mi felicidad.
Ya no se trata esta vez
de mi amoroso martirio;
lo que busca mi delirio
son pruebas de su honradez.
Cuando les miro a los dos
en tan perfecta armonía,
cruza por mi fantasía,
y que me perdone Dios,
una tentación cruel,
que al fin venzo y acorralo:
la de abrazarme a Gonzalo
delante de mi Gabriel,
y decirle a voz en cuello,
provocando sus enojos,
con mis ojos en sus ojos,
y en Gonzalo mi cabello:
"Si te queda corazón,
o algún resto de nobleza,
o declara tu vileza
o castiga mi traición.
Y al discurrir de esta suerte,
tan deshonrada me siento
por mi propio pensamiento,
padre, que anhelo la muerte.

DON JAIME. ¡La mereces, hija mía!
¡La mereces!... Pero, ¡ay, Dios!,
que la merecéis los dos
por vuestra necia porfía.
El te sospechaba aleve,
él te juzgaba traidora;
pero ¡te adora, te adora!

MARÍA. ¡Es preciso que lo pruebe!
Y es inútil que me arguya
como amante o como juez;
él duda de mi honradez,

pues yo dudo de la suya.
Y cuando la duda llega,
llega con tanta crueldad,
que está viendo la verdad
y, sin embargo, la niega.
¿Frases?... No tienen valor.
¿Juramentos?... Son mentira.
Si a él el vértigo le inspira,
a mí me inspira el dolor.

DON JAIME. ¿Qué intentas?

MARÍA. Ponerle a prueba.

DON JAIME. ¿De qué suerte?

MARÍA. ¿De qué suerte?
Con algo que le despierte;
con algo que le conmueva.

DON JAIME. Te digo que despertó.
Pero ¿qué es ello, María?

MARÍA. Es una carta.

DON JAIME. ¿Osaría?...
¿El? ¿Gonzalo?

MARÍA. Me escribió.
Y mi esposo la ha de ver.
A eso vengo y eso intento.

DON JAIME. ¿Y si hay un lance sangriento?

MARÍA. ¡Qué desdicha!...
(Se abraza llorando a DON JAIME.*)*
¡Y qué placer!

DON JAIME. Si no puedo discernir
ante tanto delirar,
ni acabo de penetrar,
ni acabo de discurrir,
aunque amor limpia y redime
y enaltece cuanto toca,
si he de tenerte por loca
o adorarte por sublime!
(Pausa. MARÍA *llora en sus brazos.)*
Cesa en tu empeño.

MARÍA. Jamás.

DON JAIME. ¿No tienes confianza en mí?

MARÍA. ¿En usted?...

DON JAIME. Responde.

MARÍA. Sí.

DON JAIME. Pues dame un plazo no más.

Mañana, a Madrid volvemos;
si tus dudas no quebranto;
si con mi acento y tu llanto
a Gabriel no convencemos,
recobras tu libertad;
y en mí son principios fijos,
que quiero mucho a mis hijos,
pero más, su dignidad.

MARÍA. *(Como dudando.)*
No, padre..., que de esa suerte...

DON JAIME. ¿No te das por convencida?
¿Tan poco vale su vida?
¿Tanto te apremia su muerte?

MARÍA. ¡Eso, no!... ¡Perdón!... ¡Dios mío!

DON JAIME. Pues un plazo.

MARÍA. Lo concedo.
¿Pero después?...

DON JAIME. Después cedo.
No temas; yo te lo fío.
Ahora vete, que Gabriel
puede bajar. Llega el día...
(En este momento entra LEANDRA.)
¿Te acompaño yo, María?...

MARÍA. Yo, con Leandra; usted, con él.

DON JAIME. *(Se separa de ella; luego vuelve.)*
¡Cuán insensatos los dos!

MARÍA. Yo, mucho.

DON JAIME. ¡Por Belcebú!,
que Gabriel lo es más que tú.
Adiós, hija.

MARÍA. *(Sale* DON JAIME *por la derecha, segundo término.)*
Padre, adiós.

ESCENA VI

MARÍA, LEANDRA.

MARÍA. Vamos, Leandra.

LEANDRA. Al instante.
¿Adónde vamos?

MARÍA. Al pueblo.

LEANDRA. Sí, señora.
(Van a salir las dos; pero LEANDRA *se detiene y dice con cierta timidez:)*
Señorita...
Yo quisiera, y no me atrevo...,
decirle una cosa. Yo...,
vamos al decir, la quiero...
muy de veras. Para mí,
está claro, sigue siendo
la señorita María,
¡la de siempre!

MARÍA. Te agradezco
el cariño que me muestras;
pero, la verdad, no entiendo...

LEANDRA. Por evitarla un disgusto
diera yo ¡lo que no tengo!

MARÍA. ¡Un disgusto!

LEANDRA. ¿No se acuerda
que anoche?... No puede menos.

MARÍA. ¿Anoche?... ¿Qué? *(Con extrañeza.)*

LEANDRA. *(Con misterio.)* ¡Pues la carta!

MARÍA. ¿Dices la carta?... Habla presto. *(Con interés.)*

LEANDRA. Del cuarto de don Gonzalo
salí con ella, y me encuentro,
al dar vuelta al corredor,
en aquel pasillo estrecho
y oscuro, en que don Gabriel
ha escogido su aposento;
me encuentro, digo, a Ramona,
que me dice con mal gesto:
"A trabajar, holgazana;
"vente conmigo al momento,
"que hay que subir unos sacos."
"Voy de prisa; que no puedo."
"Que sí." "Que no." Y es corriente,
gritamos a voz en cuello
en la disputa.

ARÍA. Concluye.

ANDRA. Y yo: "que no tengo tiempo;
"que de orden de don Gonzalo,
"a mi señorita llevo
"esta carta." ¡Si el demonio

mete a veces un enredo!

MARÍA. ¿Eso dijiste?... ¿Y entonces?...

LEANDRA. Entonces, nada; fué luego.

MARÍA. ¿Pero qué fué?

LEANDRA. Lo de siempre:
que al fin y al cabo, yo cedo.
Entro en mi cuarto, que está
a la mano...

MARÍA. *(Con impaciencia creciente.)*
Ya me acuerdo.

LEANDRA. Dejo la carta en mi mesa,
y me voy con el escuerzo
de Ramona. ¡Si esa chica
tiene un sino más funesto!...

MARÍA. ¡Por Dios!...

LEANDRA. Acabo, y me subo...,
y el pasillo está muy negro;
pero de mi cuarto sale
¡una sombra!... Y yo, con tiento,
la sigo... Y es don Gabriel,
que entra en el suyo.

MARÍA. *(Cogiéndola por un brazo.)* ¡No es cierto!

LEANDRA. ¡Cuando yo digo que sí!
Cojo la carta y observo
que el sobre es otro, y está,
por donde pega, muy fresco.
De modo que la leyó,
y esto no tiene remedio.
Conque ya, mi señorita,
lo sabe; que yo me quedo
más tranquila con decirle:
"guarda el lobo, que está hambriento."

MARÍA. *(Ap.)* (El la leyó, y no me busca;
y deja correr el cieno,
para que llegue hasta mí,
y se deslice en mi pecho,
y salpique mi conciencia,
y asalte mi pensamiento.
Y se prepara tranquilo
y gozoso, lo estoy viendo,
a correr por esos montes
con su digno compañero,
mirando de frente al sol,

mirando de cara al cielo.
¡Pero si esto no es posible!)

LEANDRA. *(Mirando por el corredor de la derecha.)*
Vienen ya. ¿Vamos?

MARÍA. Me quedo. *(En voz alta.)*
(Ap.) (¿El duda? Pues yo, también.
¿Quiere una prueba? Otra quiero.
¿Es curioso impertinente?
Pues yo también voy a serlo.
Que yo, entre lágrimas dudo,
y él, al compás de su medro:
entre fortuna y honores,
de su ambición alimento.)

ESCENA VII

MARÍA, GABRIEL, DON JAIME, GONZALO, LUIS, BERNARDO, LEANDRA.

Vienen todos como dispuestos para la caza. BERNARDO y LEANDRA quedan en último término. La entrada del grupo es por el corredor de la derecha. MARÍA y GABRIEL hacen un movimiento como para precipitarse uno hacia otro, pero se contienen.

GABRIEL. ¡María!... ¡Tan de mañana!

MARÍA. Tan de noche, que aun el día
no llegó.
(Pequeña pausa. Saluda a GONZALO, *que le tiende la mano.)*
Pero quería *(A* GABRIEL.)
verte desde esa ventana
partir contento y ufano,
del sol al primer cambiante,
con los sabuesos delante
y la escopeta en la mano.
Y el movimiento y la fiesta
quise observar de esos cerros,
al subir hombres y perros
a lo largo de la cuesta.
Y estudiar con interés
esos goces soberanos
de ensangrentarse las manos
en una inocente res.

GABRIEL. ¡Qué alegre!
MARÍA. ¡Cuánta bondad!
GABRIEL. *(Ap.)* (¡Y el billete no me entrega!)
MARÍA. *(Ap.)* (¡Y lo sabe, y no me niega
su afecto! ¡Dios de piedad!)
LUIS. ¡Gran jornada!
GONZALO. ¡Gran jornada!
MARÍA. *(A* GABRIEL, *con ironía.)*
¿Por cuánto renunciarías
a las rudas alegrías
que te aguardan hoy?
GABRIEL. ¡Por nada!
Si no puedes concebir
(Acercándose mucho a MARÍA. *Los demás los rodean;* BERNARDO *y* LEANDRA, *en el fondo. Todavía de noche; poca luz.)*
este goce de esperar,
con certeza de matar
la caza que va a venir.
(Este parlamento queda encomendado al actor. Unas veces habla refiriéndose a sus proyectos; otras, a la caza; de aquí varias transiciones.)
¡Placer horrible, salvaje;
placer propio de las fieras;
cuanto digas, cuanto quieras!...
¡Pero detrás del ramaje,
esperar en el portillo,
que éste es el nombre del puesto,
ya preparado y dispuesto
y levantado el gatillo
para disparar al paso,
aprovechando un instante
que pase la res jadeante...
La cierva, pongo por caso!
Y allá a lo lejos, sentir,
ya que no se puedan ver,
de las jaras el romper,
de los perros el latir.
¡Y escuchar que el animal
se acerca en carrera loca;
que ya llega, que ya toca
la linde del romeral!

¡Y verla desde el portillo
venir saltando guijarros
y destrozando chaparros
y pisoteando tomillo!
Y al través de un rojo velo,
que el ansia manda a los ojos,
pensar: ¡veré tus despojos
pronto, muy pronto en el suelo!
(Aferrándose a MARÍA.)
¡Y disparar!... ¡Y caer!...
¡Y comenzar la agonía!
¡Y llegar con la jauría,
que llega a todo correr!
¡Y ya en el suelo, la cierva,
que mira y piedad invoca;
y la espuma de su boca,
sobre el verde de la yerba!
¡Espinas de los espinos
en sus párpados tiranas,
y lágrimas casi humanas
en sus ojos cristalinos!
¡Y entonces, el cazador,
(Cogiendo otra vez a MARÍA.)
sujetarle la cabeza,
y pensando: ¡buena pieza!,
y mirando con amor
de aquellos ojos el brillo,
descubrirle bien el cuello,
y en él cortarle el resuello
con este recio cuchillo!
(Desnudando el cuchillo de monte y levantándolo sobre MARÍA.)
¿A tan sabrosa jornada,
me preguntabas, María,
por cuánto renunciaría?
¡Ni por nadie ni por nada!

LEANDRA. ¡Dice bien!

BERNARDO. ¡Tiene razón!

GONZALO. ¡Pues, señores, al ojeo!

LUIS. ¡Va delante mi deseo!

GONZALO. *(Señalando a* GABRIEL.)
¡Y qué fuego!

DON JAIME. ¡Y qué pasión!

GONZALO. *(Ap.)* (¡Extraño entusiasmo en él!)
LUIS. *(Ap.)* (¿Es entusiasmo o es ira?)
DON JAIME. *(Ap.)* (Importa estar a la mira
de Gonzalo y de Gabriel.)
MARÍA. ¿Y usted, Gonzalo?...
GONZALO. Novicio
soy todavía; mi fuerte
no es la caza. De esta suerte,
aunque es un noble ejercicio,
muy útil, en mi opinión,
como ha poco lo emprendí,
tal estrago no hizo en mí
la costumbre o la afición,
que el sacrificio sangriento
de un pobre ser inocente
pueda ver indiferente
sin pena o remordimiento.
(Pequeña pausa. GONZALO *queda pensativo.)*
Y además, yo soy así:
me arrebatan mis pasiones...
Busco modo y ocasiones...
En mi ciego frenesí,
camino siempre adelante...
Llego al borde del abismo...,
y me espanta mi egoísmo
y me detengo un instante. *(Nueva pausa.)*
Escuchen con atención,
que yo soy un hombre extraño:
¿qué perjuicio ni qué daño
hicieron a esta reunión
esas reses que en el monte
correrá nuestra jauría
cuando llegue el nuevo día
al encendido horizonte?
Ninguno; y esta señora
su destino compadece;
pues bien, aunque más merece
quien tal belleza atesora,
tal virtud y discreción,
como tributo mezquino
a su semblante divino
y a su hermoso corazón,
cese ya la agreste lid

contra esa misma raza,
¡renunciemos a la caza
y vámonos a Madrid!
(Momento de sorpresa en todos.)

LUIS. ¿Te has vuelto loco, Gonzalo?

DON JAIME. ¿Lo propone usted de veras?

GONZALO. *(Lo primero, a* DON JAIME*; lo segundo, a* GABRIEL.*)*
Ya se ve; como tú quieras...

LUIS. Nada, nada; tú estás malo.

GABRIEL. ¿Y tú qué opinas, María?

MARÍA. ¿Y tú qué opinas, querido?

GABRIEL. Que al punto a que hemos venido,
ceder es ya cobardía.

MARÍA. ¿De modo que no te alegras?

GABRIEL. ¡Qué dijeran los monteros!

LUIS. ¡Y los demás compañeros!

GABRIEL. ¡Y las escopetas negras!

GONZALO. Pues basta con la intención,
que fué sólo por María.

GABRIEL. La verdad, yo te creía *(Con profunda ironía.)*
hombre de más corazón.

GONZALO. ¡Pues adelante!

LUIS. ¡Y al monte!

GABRIEL. ¡Venga la primera res!

GONZALO. *(A* MARÍA, *dándole la mano y con cierto matiz de súplica.)*
Hasta luego.

DON JAIME. *(A* MARÍA.*)* Hasta después.

GABRIEL. *(Mirando por la ventana.)*
¡Ya está rojo el horizonte!
(Los cazadores, con gran movimiento y alegría, salen por la izquierda.)

ESCENA VIII

MARÍA, LEANDRA, BERNARDO. MARÍA se dirige a la ventana y desde ella observa la partida de los cazadores. Una ligerísima claridad comienza a iluminar el cielo.

BERNARDO. ¡Qué alegres van! ¡Quién pudiera
ir con ellos!

LEANDRA. No se fíe

de alegrías, que en un pie,
cual si tuviesen cojera,
suelen ir las de esa clase,
a pesar de su aderezo;
y es claro, al primer tropiezo,
¡abajo!, faltó la base.

BERNARDO. Tú, siempre con tu manía.

LEANDRA. Yo, siempre, padre, en mis trece.

BERNARDO. Esta muchacha parece
campana de la agonía.

LEANDRA. Pero acierto en lo que digo.

BERNARDO. *(A* MARÍA.) Si algo tiene que mandar...

MARÍA. ¿Adónde vas?

BERNARDO. Al lugar.

MARÍA. ¿Aseguraste el postigo?

BERNARDO. Y la verja del jardín.
Todo queda, de este lado,
señorita, bien cerrado.
Ahora doy suelta al mastín,
atranco firme el portón,
después de ver si algo pasa,
y ya tenemos la casa
convertida en un torreón.
¡Pues la pintada vigila!...

MARÍA. *(Pensativa.)* ¿De modo que para entrar?...

BERNARDO. Es necesario sonar
la campana; esté tranquila.

MARÍA. *(Ap.)* (Ya no vacilo ni dudo.)

BERNARDO. No metiéndose al asalto;
y el paredón es muy alto...

MARÍA. *(Ap., después de oír las últimas palabras de* BERNARDO.)
(Si acude Gabriel, acudo.)
Ven conmigo al mirador. *(A* LEANDRA.)
(Ap.) (Toda la casa domina;
si alguien llega...)

LEANDRA. (Peregrina
idea.) Hace un fresco...

MARÍA. Mejor:
yo siento fuego en la tez.

LEANDRA. En fin, si a usted le parece...

MARÍA. *(En voz alta.)* Voy a ver cómo amanece.

(Ap.) (Es quizá la última vez.)
(Salen por el corredor de la derecha MARÍA *y* LEANDRA.)

ESCENA IX

BERNARDO; después, MAGDALENA.

BERNARDO. *(Después que se marchan* MARÍA *y* LEANDRA, *se asoma a la ventana.)*
Ya va clareando; las luces
sobran.
(Viene a la mesa del primer término y apaga las luces, todas, menos la de la imagen.)
¿Qué es eso? ¿Entró gente?
(Acercándose al corredor de la izquierda.)
Se oyen pasos... Sube... Vaya,
algún cazador que vuelve.
¡Toma!... ¡Doña Magdalena!
(MAGDALENA *entra y se apoya en el quicio de la puerta.)*
¡Señora!... ¡Conque tan fuerte!...
¡Cuánto me alegro!

MAGDALENA. ¿Y María?

BERNARDO. Allá arriba.
(Pausa. MAGDALENA *da unos pasos.* BERNARDO *se prepara para salir.)*
Pues si quiere
mandar algo, yo me voy.

MAGDALENA. Nada, Bernardo.

BERNARDO. ¡Valiente
cacería se prepara!

MAGDALENA. Adiós.

BERNARDO. Vaya, no me atiende.
Pues con Dios... Y ya lo sabe:
arriba a las dos las tiene.
(Sale por la izquierda.)

ESCENA X

MAGDALENA.

MAGDALENA. ¿Por qué vino tan temprano,
sin avisarme y con ellos?
¿Cómo no siente María,
al verse aquí sola, miedo?
A estas horas, tantas sombras
enlutan el aposento,
que no sé cómo hay quien pueda
afrontarlas sin recelo.
Siempre, siempre, en este sitio,
(Pasándose la mano por la frente.)
se apodera de mí el vértigo,
y brotan de todas partes,
cual fantasmas, los recuerdos...
El puñal con que le herí
estaba en aquel trofeo...
Ya no está; pero no importa;
hay otros... La puerta cierro.
(Cerrando la puerta del corredor de la izquierda. Se tapa los ojos con las manos; después da unos pasos, mira hacia la derecha, último término.)
La Virgen... y la ventana...
como ahora... ¡Blanco destello
del alba formaba un cuadro
de luz sobre fondo negro!
Y algunas nubes muy rojas,
como aquéllas..., a lo lejos,
fingían vapor de sangre
que sube caliente al cielo.
Lo mismo, siempre lo mismo;
parece que el mundo entero
se paró en aquel instante,
y, cogiéndome en su centro,
ni él cambia, ni cambio yo,
ni me deja, ni le dejo,
y vamos rodando juntos
por los abismos del tiempo,
cual crimen petrificado

que cuajó el remordimiento.
(Avanza aún más, y mira a la puerta de la derecha.)
¡Ahí estaba! ¡Y ahí le herí!
¡Cerrada, no! Porque pienso
que de pronto se abrirá,
y que él vendrá desde dentro,
pálida la noble frente
y rojo el honrado pecho,
con sus miradas de amor
y con sus helados besos.
(Corre a la puerta y la abre.)
¡Dió un grito!... ¡Salió después!...
Y aquí mismo... ¡cayó muerto!
(Pausa. Mira con espanto a tierra.)
¿Hay una mancha?... Ya no...;
pero esa parte del suelo
es más oscura..., eso sí...,
es más oscura que el resto.
(Apoyándose en el brazo del sillón e inclinándose para mirar la mancha que supone ver.)
¿Por qué causa?... ¡Sangre no...,
que no dura tanto tiempo!
(Poco a poco se inclina hasta tocar la tierra con su mano, de rodillas ya y apoyada en el brazo del sillón. En este momento, GABRIEL *trepa por la ventana, y se destaca en un fondo ligeramente luminoso.)*
¡Pues cómo!... ¡La sombra crece!
¡Jesús mil veces!... ¿Qué es esto?
(Mirando a la ventana.)

ESCENA XI

MAGDALENA, GABRIEL, que empuja los cristales y salta dentro.

MAGDALENA. ¡Un hombre!...
GABRIEL. ¡Qué!... ¡Magdalena!...
MAGDALENA. ¿Quién eres?... ¡Gabriel!
GABRIEL. ¡Silencio!
MAGDALENA. ¿Por qué vienes de ese modo?
GABRIEL. Y usted, ¿a qué vino? ¡Presto!

MAGDALENA. Vine a buscar a María.
GABRIEL. También a buscarla vengo.
MAGDALENA. ¡Mas trepando por allí!...
GABRIEL. Salvo mi honor como puedo.
En fortaleza de infamias
esta casa convirtieron:
pues me cierran el portillo,
por las almenas me meto.
MAGDALENA. ¡Gabriel, la lengua refrena,
para el torpe pensamiento!
GABRIEL. Parara yo mis venganzas
si sus traiciones en ellos;
mas siguen, y sigo yo,
y al fin nos encontraremos.
MAGDALENA. No sé lo que dices.
GABRIEL. ¡No!
MAGDALENA. No, Gabriel; no te comprendo.
GABRIEL. Pues experiencia, señora,
debe tener por lo menos
de lo que son las infamias
en este mundo de cieno,
porque esa triste experiencia
todos, todos la tenemos:
ya por haberlas sufrido,
o ya por haberlas hecho.
¿Sabe usted lo que es amor?
¿Lo que es cariño sincero
de un esposo? ¿Lo que es honra?
¿Lo que es un ángel del cielo
arrastrando sus dos alas
por las charcas del deseo?
¿Lo que es un hombre traidor?
¿Lo que es un agudo hierro?
Pues sabe toda la historia,
y pronto sabrá su término;
que con las luces del alba
por esa ventana vengo,
en ojeador convertido
de mi propio menosprecio,
y del mundo la jauría
me va la caza trayendo,
o al alcance de mi plomo
o al alcance de mi hierro!

MAGDALENA. ¡No comprendo todavía!
GABRIEL. ¡Vive Dios que es torpe el miedo!
Pues el traidor es Gonzalo;
la traición, la de su pecho;
María, la esposa impura;
yo, señora, el del ojeo,
también el de la deshonra
y el de la venganza luego,
que cuanto más la adoré
debo perdonarla menos.
¿Y ahora nada dice?
MAGDALENA. Sí.
GABRIEL. Pues diga.
MAGDALENA. ¡Que mientes!
GABRIEL. ¡Miento!
¡Ya quisiera!
MAGDALENA. ¡Tú verás!
¡Ven, María! *(Dirigiéndose a la derecha.)*
GABRIEL. *(Sujetándola y trayéndola al primer término.)*
¡No! ¡Silencio!
¡Espera a Gonzalo!
MAGDALENA. ¡Infame!
GABRIEL. ¡Ella!
MAGDALENA. ¡Tú!
GABRIEL. ¡Si sé de cierto
que han de verse en este sitio!...
¡Le espié..., dejó su puesto...,
vendrán a esta sala!
MAGDALENA. ¡No!
GABRIEL. ¿Que no? ¡Si al fin has de verlos!
Nosotros dos..., desde allí...
(Señalando a la puerta de la derecha.)
escondidos... les oiremos.
¡Y si una sola palabra,
si un grito..., ¡qué!..., si tu aliento
llego a escuchar..., te lo juro
por la tierra y por el cielo,
por el alma de mi madre,
y por su descanso eterno,
salgo y coso a puñaladas
de María el blanco seno!
(Siempre sujetándola.)
MAGDALENA. ¡Calla!... ¡Perdón..., hijo mío!

GABRIEL. ¡Pues silencio!
MAGDALENA. ¡Sí!
GABRIEL. ¡Silencio!
(Suena una campana, la de la puerta de la casa.)
MAGDALENA. ¿Llaman? ¿Quién es?
GABRIEL. ¡Es Gonzalo,
y ella bajará al momento,
que los reclamos de amor
le prestan alas al tiempo!
MAGDALENA. ¡Te digo que no! ¡Imposible!
¡Gabriel!... ¡Hijo!...
GABRIEL. ¡Vamos dentro!
MAGDALENA. ¡No ha de ser!
GABRIEL. ¡Pues yo lo mando!
MAGDALENA. ¡Jamás, jamás!
GABRIEL. ¡Yo lo quiero!
MAGDALENA. ¡Duda de todos, de todos!
¡De ella, nunca!
GABRIEL. *(Llevándosela.)* ¡Ya la siento!
MAGDALENA. ¡Ella es el único ser
sin mancha!... ¡Santos del cielo,
amparadme!... ¡Madre mía!
(Tendiendo los brazos a la Virgen.)
GABRIEL. *(Llevándosela siempre y con el oído en escucha.)*
¡Más bajo!
MAGDALENA. ¡Sí, te obedezco!
¡Todos infames!... ¡Traidores!
¡Yo misma!... ¡Yo lo confieso!
GABRIEL. Pues si dices la verdad,
y en eso sí que te creo,
¡para tal madre, tal hija!
¡Tal pantano, pues tal cieno!
¡Ven a observar desde allí,
con los sentidos despiertos,
con la conciencia en escucha
y la garganta en silencio,
los contagios que María
sacó de tu impuro seno!
MAGDALENA. ¡No digas eso, por Dios!
GABRIEL. ¡Pues ven!... ¡Pronto!
MAGDALENA. ¡Que no quiero!

GABRIEL. No me resistas, mujer,
que ya la locura siento
subir en olas de sangre
y de sombra a mi cerebro,
¡y aquí, en mi frente, morder,
como en su presa, por dentro!...
¡Sus pasos!...

MAGDALENA. ¡Gabriel, no más!
¡Piedad!... ¡Piedad!

GABRIEL. ¡Por fin!... ¡Ellos!
(Hace que entre a la fuerza en el cuarto y después cierra la puerta.)

ESCENA XII

MARÍA, por el corredor de la derecha; después, GONZALO, por el de la izquierda.

MARÍA. Allí está...: le vi trepar
por la ventana afanoso.
¡Vendrá celoso!... ¡Celoso!
¡Mucho tardó en despertar!
Con desigual intervalo
(Aplicando el oído.),
como en cortada carrera,
alguien sube la escalera...
¡Valor!...

GONZALO. ¡María!

MARÍA. *(Se miran sin hablar.)* ¡Gonzalo!

GONZALO. ¡Siento miedo y timidez...
por vez primera en la vida!

MARÍA. Si mi congoja es fingida,
dígalo mi palidez.

GONZALO. ¡Vacila mi corazón!

MARÍA. Pues, Gonzalo, usted lo quiso:
poner término es preciso...
(Como para retirarse.)

GONZALO. ¡A todo! ¡No a mi pasión!

MARÍA. ¿Ama usted?

GONZALO. A una mujer.

MARÍA. ¿Y al amarla?...

GONZALO. ¡Soy, señora,
traidor! Otro hombre la adora,
y ese hombre ha llegado a ser
su esposo y casi mi hermano.
Confieso mi villanía;
pero por ella, María,
todo, ¡desleal y villano!
Todo menos olvidarla
y todo menos perderla:
¡la vida, sólo por verla!
¡El alma, por alcanzarla!
(Se acerca a ella; ella retrocede hacia la derecha.)
Con ella, el mal es el bien;
sin ella, el bien sabe a mal:
¡su amor es lo celestial!
¡Y el infierno su desdén!
Y ahora diga por favor,
¡que ansia horrible me devora!
¿Usted comprende, señora,
de esta manera el amor?

MARÍA. Aunque no discurro bien
en este instante mortal,
y aunque entiendo que hago mal,
¡así lo entiendo también!
¡Por eso he llegado aquí,
atropellando mi honor,
por un hombre y un amor
y una duda que sentí!

GONZALO. ¡Ah, María!... ¿De manera
que voy a saber del hombre
dichoso el dichoso nombre?

MARÍA. ¡Sí, suceda lo que quiera!
Al pronto pensé fingir...

GONZALO. ¡No, María, la verdad!

MARÍA. ¿La quiere usted?

GONZALO. ¡Por piedad!

MARÍA. Pues bien, la voy a decir.

GONZALO. ¡Toda mi sangre se inflama
y mi razón se enloquece!

MARÍA. ¡Y todo a mí me parece
un abismo que me llama!

GONZALO. ¡Cuanto soy, cuanto he de ser,

la vida, por este instante!

MARÍA. ¡Y yo avanzo delirante
y anhelo retroceder!

GONZALO. *(Acercándose a ella y cogiéndole la mano.)*
No digas eso. ¡Jamás!
¡Ese nombre y eres mía!

MARÍA. Pues lo diré...

MAGDALENA. ¡No, María! *(Desde dentro.)*

MARÍA. ¡Mi madre!

GABRIEL. ¡¡No lo dirás!!
(MARÍA *iba a pronunciar el nombre de* GABRIEL; *su madre, al dudar de ella y al interrumpirle, es la que la mata.)*

ESCENA XIII

MARÍA, GONZALO, GABRIEL, MAGDALENA. GABRIEL quiere arrojarse sobre MARÍA; MAGDALENA le sujeta. MARÍA y GONZALO retroceden hacia la izquierda. Todo muy rápido.

GONZALO. ¡Gabriel!

MARÍA. *(Mirándole con ansia y alegría.)*
¡Por fin!

GABRIEL. *(A* MAGDALENA.) ¡Suelta!

MAGDALENA. ¡No!

GABRIEL. ¡En vano mis brazos atas!

GONZALO. ¡La defiendo!

GABRIEL. ¡Pues la matas!

GONZALO. ¡Quién la amenaza! ¿Tú?...

GABRIEL. ¡Yo!

MAGDALENA. ¡Huye, María! *(Abrazándose a* GABRIEL.)

MARÍA. ¡Jamás,
aunque mi pecho taladre!

GABRIEL. ¡Si el sepulcro de mi madre,
su helado cuerpo, ¡qué más!,
se extendiese entre los dos,
por encima saltaría!
¡Ya no te salva, María,
no digo ese hombre!... ¡Ni Dios!
(Desnudando el cuchillo de monte.)

GONZALO. ¡Prueba!

MAGDALENA. ¡Gabriel!
GONZALO. ¡Insensato!
MARÍA. *(Luchando con* GONZALO, *mientras* GABRIEL *lucha con* MAGDALENA.)
¡Déjame!
GONZALO. ¿No ves su empeño?
MARÍA. *(Se desprende de* GONZALO.)
¡Puede matarme, es mi dueño!
GABRIEL. *(Rechaza a* MAGDALENA.)
¡¡Y porque lo soy, te mato!!
(Dicen estos últimos dos versos corriendo cada uno al encuentro del otro. GABRIEL *la hiere con el cuchillo de monte;* MARÍA *vacila;* GONZALO *y* MAGDALENA *corren a sostenerla; queda en pie entre los dos.)*
MAGDALENA ¡María!...
GONZALO. ¡Por Belcebú!...
MAGDALENA. ¡Asesino!
GABRIEL. *(A* GONZALO.) ¡Ven, cobarde!
GONZALO. ¡María!...
GABRIEL. ¡Y haces alarde!...
MARÍA. ¡Mi Gabriel!...
GABRIEL. ¡Tras ella..., tú!
GONZALO. ¡Pues sea!... *(En actitud de lucha.)*
GABRIEL. *(Blandiendo el cuchillo.)* ¡Ya me apercibo!
GONZALO. ¿Armas?...
GABRIEL. ¡Estas!
GONZALO. ¿Sitio?
GABRIEL. *(Señalando hacia la ventana.)* ¡El huerto!
GONZALO. ¿Testigos?
GABRIEL. ¡Dios para el muerto,
su conciencia para el vivo!
(Se precipitan los dos hacia el corredor de la izquierda. MARÍA, *sostenida por su madre, los sigue, ansiosa, con la vista.)*
GONZALO. *(Deteniendo a* GABRIEL, *y señalando a* MARÍA.)
¡Mira aquella palidez!
GABRIEL. ¡Déjala!... ¡La tuya cuida!
Su madre le dió la vida;
¡quizá se la dé otra vez!
(Le coge violentamente y salen los dos.)

ESCENA XIV

María, Magdalena.

María. Mi Gabriel..., ¡ya ves!... ¡Me amaba!...
Magdalena. *(Oprimiendo la herida con el pañuelo.)*
¡Cuánta sangre!
María. ¡Qué me importa!
Esa lucha será corta...
(Da unos pasos como para salir, pero vacila.)
¡De qué modo me miraba!
¡Ira y amor a la vez!...
Magdalena. ¡Si restañarla no puedo!
María. ¡Déjala..., no tengas miedo!
Magdalena. ¡Me espanta tu palidez!...
María. ¡Si al ver, madre, sus enojos,
más vida, mucha más vida,
que se escapa por la herida
he bebido por los ojos!
Gonzalo. ¡Ay de mí! *(Desde fuera.)*
María. ¡Grito de muerte!
(Se arranca de los brazos de su madre y quiere ir; pero la faltan las fuerzas, y su madre corre a sostenerla; ella le hace señas que vaya.)
Magdalena. ¡Pero tú!...
María. *(Imperiosamente.)* ¡Mira quién es!
Magdalena. ¡Pero tú!...
María. *(Con desesperación.)* ¡Por Dios!... ¡Después!
¡Pronto!...
(Queda apoyada en un mueble; Magdalena *corre a la ventana.)*
¿Quién?
Magdalena. ¡Gonzalo inerte!
María. ¡Mi Gabriel!... ¡Gracias, Dios mío!...
Llámale... por si él no quiere...
venir...
Magdalena. *(Por la ventana.)* ¡Socorro, se muere!...
¡Hija!... *(Vuelve a sostenerla.)*
María. ¡Bien tarda el impío!...
¡Ay, madre, que de este modo,
si comienza mi agonía...
ya no podré, madre mía,

no podré explicarlo todo.

DON JAIME. ¡Insensato!... *(Desde dentro.)*

MARÍA. *(Reanimándose y con acento de esperanza.)*
¡De su padre
es la voz!

MAGDALENA. *(Abrazando y sosteniendo a* MARÍA.)
¡Socorro!... ¡Aquí!

MARÍA. ¡Que vengan!... ¡Que vengan... sí!
(Con ansia.)
¡El sabe la verdad, madre!...
¡Don Jaime se la dirá!...

MAGDALENA. Ven... *(Queriendo llevarla al sillón.)*

MARÍA. *(Queriendo ir al encuentro de* GABRIEL.)
¡Déjame!...

MAGDALENA. ¡Por favor!...

GABRIEL. *(Desde dentro.)* ¡¡María!!

MARÍA. ¡Grito de amor!...
¡Lo sabe!... ¡Lo sabe ya!
(Se abraza a su madre, que la sostiene; quedan en primer término, hacia la derecha.)

ESCENA XV

MARÍA, MAGDALENA, GABRIEL, DON JAIME. GABRIEL aparece por el corredor de la derecha con el vestido descompuesto y manchado de sangre, el cabello en desorden, el rostro pálido, la mirada vaga, con la vaguedad de la locura; su padre procura contenerle; enfrente, en el otro extremo, MAGDALENA sostiene a MARÍA. Dicen los cuatro primeros versos antes de entrar.

DON JAIME. ¡Hijo, vuelve a tu razón!

GABRIEL. ¡Para qué la necesito!

MARÍA. ¡Gabriel!... ¡Gabriel!... ¡Aquel grito!

MAGDALENA. ¡Socorro!... ¡Por compasión!

GABRIEL. ¡Déjame!... ¡Me pertenece!
¡Es ella!... ¡Es ella!... ¡María!...
¡Al verla se enciende el día,
y ese cielo se enrojece!
¡Luz y sangre!... ¡Todo va
revuelto!

MARÍA. ¡Gabriel!...

DON JAIME. ¡Gabriel!...

GABRIEL. ¡No me sujetes, cruel,
o el alma te arrancará
mi furor!

DON JAIME. ¡Tú contra mí!

GABRIEL. ¿Qué? ¿Lo dudas, pobre anciano?
¡Pues muerte la dió mi mano,
y la amaba más que a ti!
¡Déjame!... ¡Tus brazos!
(Esto último a MARÍA.)

MARÍA. (GABRIEL *se arranca de* DON JAIME, *y de* MAGDALENA, MARÍA; *corren hasta unirse, y se abrazan estrechamente.* DON JAIME *y* MAGDALENA *se acercan con ansiedad al grupo que forman.)*
¡Ven!...
¡Dudaba!

GABRIEL. ¡También dudaba!

MARÍA. ¡Pero te amaba!

GABRIEL. ¡Te amaba
con toda el alma también!

MAGDALENA. ¡Suelta, suelta por piedad!
(Disputándose a MARÍA, *que agoniza.)*
¡La mata tu frenesí!

GABRIEL. ¡No! ¡Que te conozco a ti!
¡Tú eres su fatalidad!

DON JAIME. ¡Toda noble criatura,
desde la cuna a la huesa,
(Con desesperación.)
disputada como presa
del crimen y la locura!
¡La matáis entre los dos!

GABRIEL. ¡Es mía!

MAGDALENA. ¡Nunca, que es mía!

GABRIEL. ¡Me pertenece María!
(MARÍA, *a quien abandonan un instante en la lucha, cae muerta. Se arroja sobre ella* MAGDALENA. DON JAIME *contiene a* GABRIEL.)

DON JAIME. ¡No!... ¡Que pertenece a Dios!

GABRIEL. *(A* MAGDALENA, *que llora encorvada sobre el cuerpo de* MARÍA.)
¡En vano quejas exhalas!
¡Suelta! *(Luchando con su padre.)*
¡Que su llanto tase!...
(A su padre, refiriéndose a MAGDALENA.)

¡No ves que impide que pase
algo que agita sus alas!...
¡Tu cuerpo con ruines duelos *(A* MAGDALENA.)
sobre su cuerpo no encorves!
¡Quita, mujer, y no estorbes
que vuele su alma a los cielos!
¡Cesa en tu insensata guerra!
¡Harto pesó, negra y fría,
sobre la pobre María
tu mala sombra en la tierra!
(Separándola, pero quedando siempre de rodillas MAGDALENA.)
¡Mira!... ¡Sube!... *(Señalando al cielo.)*

MAGDALENA. ¡Compasión!

GABRIEL. *(Como escuchando en el vacío.)*
Algo dice que ya escucho...
¡Dice que lloremos mucho...
y nos dará su perdón!
(Al oído de MAGDALENA, *señalando siempre hacia arriba.)*

FIN DEL DRAMA

OBRAS DE D. JOSÉ ECHEGARAY

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.
La esposa del vengador, drama en tres actos, original y en verso.
La última noche, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.
En el puño de la espada, drama trágico en tres actos, original y en verso.
Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto, original y en verso.
Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía.)
El gladiador de Rávena, tragedia en un acto y en verso. (Imitación.)
O locura o santidad, drama en tres actos, original y en prosa.
Iris de paz, comedia en un acto, original y en verso.
Para tal culpa tal pena, drama en dos actos, original y en verso.
Lo que no puede decirse, drama en tres actos, original y en prosa. (Segunda parte de la trilogía.)
En el pilar y en la cruz, drama en tres actos, original y en verso.
Correr en pos de un ideal, comedia original, en tres actos y en verso.
Algunas veces aquí, drama en tres actos y en prosa.
Morir por no despertar, leyenda dramática original, en un acto y en verso.
En el seno de la muerte, leyenda trágica original, en tres actos y en verso.
Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo XVI, original, en un acto y en verso.
Mar sin orillas, drama original, en tres actos y en verso.
La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.

El gran Galeoto, drama original, en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.

Haroldo el Normando, leyenda trágica original, en tres actos y en verso.

Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía.)

Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.

Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.

Notas al estudio trágico *Un milagro en Egipto*.

Piensa mal... ¿y acertarás?, casi proverbio, en tres actos y en verso.

La peste de Otranto, drama original, en tres actos y en verso.

Vida alegre y muerte triste, drama original, en tres actos y en verso.

El bandido Lisandro, estudio dramático en tres cuadros y en prosa.

De mala raza, drama en tres actos y en prosa.

Dos fanatismos, drama en tres actos y en prosa.

El conde Lotario, drama en un acto y en verso.

La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.

El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.

Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.

Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.

Los rígidos, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo exposición en prosa.

Siempre en ridículo, drama en tres actos y en prosa.

El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.

Irene de Otranto, ópera en tres actos y en verso.

Un crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.

Comedia sin desenlace, estudio cómico-político en tres actos y en prosa.

El hijo de Don Juan, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere*.

Sic vos non vobis o la última limosna, comedia rústica original, en tres actos y en prosa.

Mariana, drama original, en tres actos y un epílogo, en prosa.

El poder de la impotencia, drama en tres actos y en prosa.

A la orilla del mar, comedia en tres actos y un epílogo, en prosa.

La rencorosa, comedia en tres actos y en prosa.

María-Rosa, drama trágico de costumbres populares, en tres actos y en prosa. (Traducción.)
Mancha que limpia, drama trágico en cuatro actos y en prosa.
El primer acto de un drama, cuadro dramático en verso.
El estigma, drama en tres actos y en prosa.
La cantante callejera, apropósito lírico en un cuadro y en prosa.
Amor salvaje, bosquejo dramático en tres actos, original y en prosa.
Semíramis o la hija del aire (refundición). Drama en tres jornadas y en verso.
Tierra baja, drama en tres actos y en prosa. (Traducción.)
La calumnia por castigo, drama en prosa en tres actos y un prólogo.
La duda, drama original, en tres actos y en prosa.
El hombre negro, drama original, en tres actos y en prosa.
Silencio de muerte, drama original, en tres actos y en prosa.
El loco Dios, drama original, en cuatro actos y en prosa.
Malas herencias, drama original, en tres actos y en prosa.
La escalinata de un trono, drama trágico original, en cuatro actos y en verso.
La desequilibrada, drama original, en cuatro actos y en prosa.
A fuerza de arrastrarse, farsa cómica, original, en un prólogo y tres actos, en prosa.

PUNTOS DE VENTA

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías y en la Sociedad de Autores Españoles.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca de sello de esta Sociedad.

Precio: 3 pesetas.